

x-rite

colorchecker CLASSIC



R. 35.084

84621

# CERTÁMEN POÉTICO

CELEBRADO EL 19 DE OCTUBRE DE 1872

EN LAS

## FESTAS DE ZARAGOZA

DISPUESTAS

CON MOTIVO DE LA CONCLUSION DE LAS OBRAS Y CONSAGRACION

DEL

### TEMPLO DEL PILAR

DISCURSO  
POESIAS PREMIADAS



ZARAGOZA

Tipografía de Calisto Ariño, Coso, 108

1872



0161

SEPTIEMBRE  
POEMAS  
EN LAS  
FIESTAS  
DEL  
FOLKLORE

AFA-00161

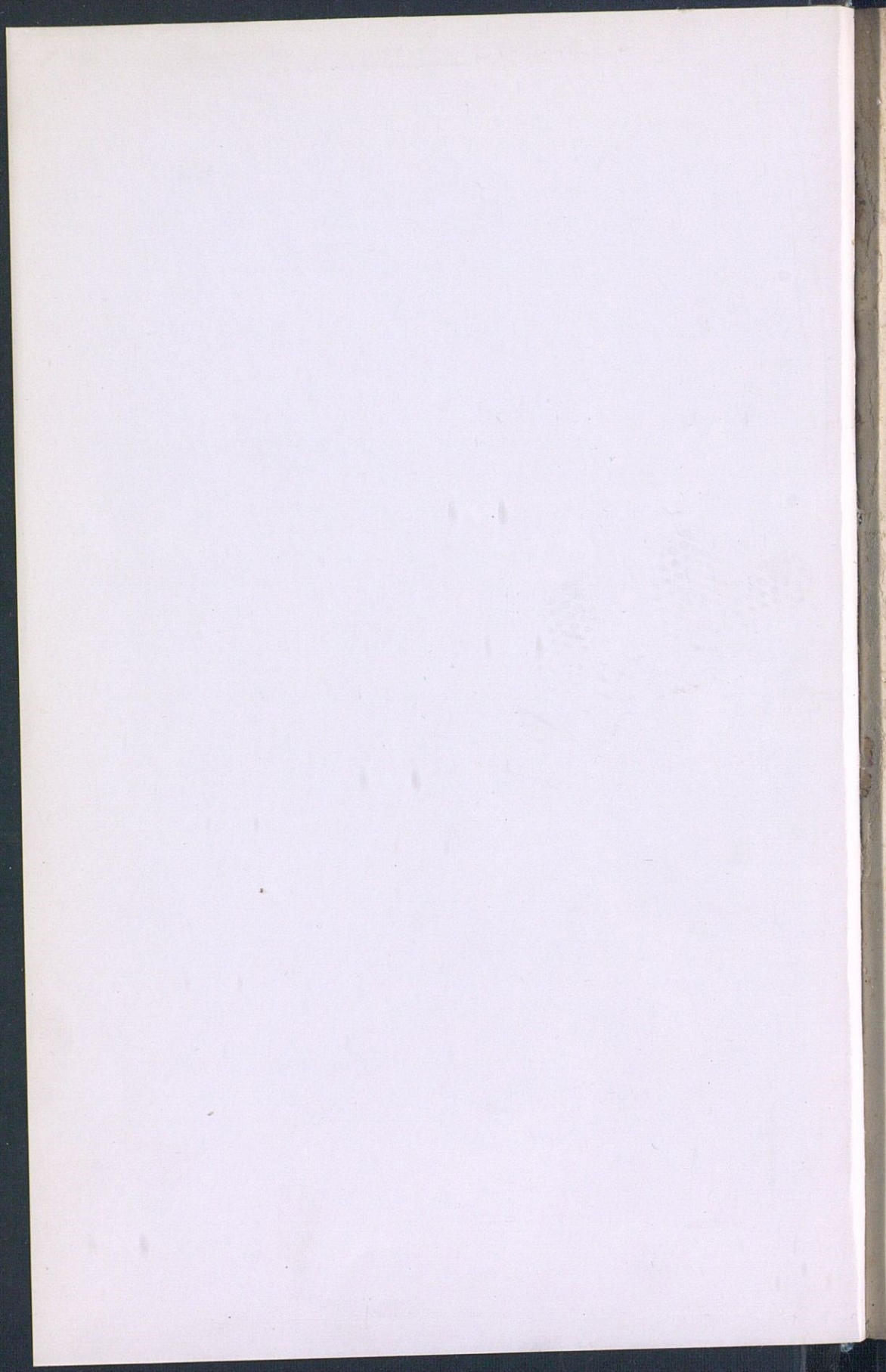


APA 00161

T109749  
C.1141298

T 119 108

A-524



R. 35.084

54621

# CERTÁMEN POÉTICO

CELEBRADO EL 19 DE OCTUBRE DE 1872

EN LAS

## Fiestas de Zaragoza

DISPUESTAS

CON MOTIVO DE LA CONCLUSION DE LAS OBRAS Y CONSAGRACION

DEL

## Templo del Pilar

DISCURSO  
POESÍAS PREMIADAS



ZARAGOZA

Tipografía de Calisto Ariño, Coso, 108

1872

- 1005-A -



---

---

DISCURSO  
DEL PRESIDENTE DEL JURADO  
D. GERÓNIMO BORAO

---



ILUSTRE concurso en donde la autoridad, la ciencia, la distincion y la belleza parecen haberse dado cita para honrar á Zaragoza! ¡Noble asamblea, que vienes en torno de tus poetas á verter flores, sonrisas y lágrimas al eco de sus patrióticos cantares! Yo te saludo, antes todavía que á los poetas mismos, porque tú eres la musa que les ha inspirado; y, sin tu amor al arte, sin el premio de tus aplausos, sin la poesía que tú sientes, no hubiera poesía que ellos sujetáran á número y cadencia.

Sólo una cosa desmerece de esta solemnidad brillante; pues, compitiendo todo á hacerla más es-

pléndida, la está presidiendo quien de muy buen grado se confiesa indigno del lugar que á su despecho ocupa; mas no lo ocupa por vanidad, ni menos por audácia, sino por virtud de un mandato y tras larga y porfiosa resistencia. Mejor presidiera quien, dotado de autoridad pública, la imprimiera en esta fiesta cívica; ó quien, más encanecido que yo en los estudios de las buenas letras, le prestára superior importancia; ó quien, con alientos más juveniles, le comunicára su lozanía y entusiasmo; pero la digna Comision del Certámen se ha desprendido de sus naturales facultades para pasarlas al Jurado, y éste y ella se han obstinado en distinguirme, premiando en mí profusamente, si no los méritos de que carezco, la constancia con que vengo rindiendo culto, ha tantos años, aunque con laud destemplado y pluma indócil, á las glorias aragonesas y al nombre de mi pátria Zaragoza.

¡Cuántos recuerdos trae á la imaginacion esta voz mágica! ¡Qué fantástica alegoría triunfal pudiera agruparse con sus perínclitas hazañas! ¡Qué série de asuntos ha dado á la historia de los pueblos libres y valientes! ¡Qué valiosas joyas ha engastado en su imperial corona como recuerdo de su poder y sus conquistas! ¡Qué luz tan viva irrádía de su serena frente, desde aquellos tiempos románticos en que colgaba la vencedora espada en la panoplia para pulsar dulcemente el arpa de oro?

Mas no es á mí á quien toca, y menos todavía en la ocasion presente, pintar ni aun esbozar siquiera los más insignes hechos de esta ciudad afortunada: harto los ha pregonado la fama en su clarín sonoro, y harto se han oido sus últimas hazañas en las heladas márgenes del Volga y en las tierras vírgenes de América para animar con su alto ejemplo á aquellos y estos combatientes. Tócame sólo evocar un momento antiguos recuerdos literarios, para venir desde ellos á este insigne Certámen, que siempre ha de honrar á los discretos, á los sensibles, á los cultos miembros de la Junta de festejos que acertaron á resucitar esta ya olvidada costumbre aragonesa.

El ilustrado concurso que me escucha sabe bien cuán amasados van con lágrimas los monumentos levantados á la victoria en los combates; cuán ocasionadas son las guerras á la sinrazon ó el extravío; y cómo es preciso que concurren en una jornada heroica, no sólo el triunfo de una causa, sino la santidad de aquella causa. Pero los laureles ganados en las artes de la paz nunca se riegan con sangre y siempre guardan su pureza; y, mientras los gritos roncós de muerte son una especie de blasfemia contra Dios, las aclamaciones tributadas al génio poético son una suerte de himno al sublime autor de la naturaleza.

Rudo fué y batallador el pueblo aragonés; mas



desde los primeros albores del habla lemosina y castellana, sus reyes, príncipes y optimates, su clerecía y sus juglares, su innominado pueblo y su renombrado estado medio, se aplicaron con igual afán á la poesía del amor y de la historia. Escuelas de *Ciencia gaya* fundáronse en Zaragoza al aire de las de Tolosa y Barcelona; trovadores de estro inagotable y á veces de elevadísimo linaje cantaron sentidas estrofas en el palacio fastuoso de la Aljafería; doctas Academias se abrieron en los salones aristocráticos de las condesas de Guimerá y de Eril, en los del príncipe de Esquilache y en los del conde de Aranda y conde de Fuentes, y en ellos lucieron poetas como Argensola y Andrés de Uztarroz, patricios como el duque de Híjar y el marqués de Torres y damas de alta estirpe que con los caballeros competían en ingenio. Y el número de los que Aragón criaba era tan grande, que vez hubo en que, para uno solo de los grupos de un certámen, se presentaron mas de ochenta poetas, ninguno del todo indigno de este nombre.

En esos certámenes ¡qué animación, qué amor pátrio, qué vida! ¡Cómo el pueblo de Zaragoza se confundía con el poeta y se compenetraba de su espíritu! Cuatro y más días duraba en ocasiones la lectura de los versos, sin que en nadie asomara el aburrimiento ó el cansancio: los campos vecinos al convento de San José apenas podían contener la

muchedumbre allí agolpada para oír, ó aproximarse al menos al recinto en que se leyó el postero día la sentencia burlesca fulminada contra los poetas: premios de muy corta cuantía bastaban para estímulo de aquellos vates, con frecuencia esclarecidos y con frecuencia respetables: nunca el amor propio se sublevó contra los fallos de aquel tribunal inapelable, ni tomó á mala parte la burla despiadada que en saladísimos versos hacía de cada poeta el fiscal ó el secretario del Certámen; y eso que en estos vejámenes ó sentencias, no solamente se criticaba la obra del autor, pero aun se ponían en caricatura su persona, su gesto y sus costumbres, las cuales solían ser no nada santas, pues los poetas, los escolares, y en general la gente moza, vivían, y es natural, alegremente entre amoríos y aventuras.

De esos certámenes túvolos á la verdad Zaragoza en número bastante; pero no en tanto número que fuesen un ejercicio frecuente para aquellos bardos ó fiesta anual ó periódica, cual lo es hoy en Barcelona la de los Juegos florales ó en Lérida la de las justas poéticas marianas. Necesitábase entónces el aguijon ó estímulo de algun suceso extraordinario, que mereciese, junto á otras demostraciones de regocijo ó de pesar, las trovas con que todo lo encarecen y aun eternizan los poetas.

Era la Universidad comunmente quien censu-

raba las obras y quien abria para su lectura el paraninfo; pues, aunque alguna vez presidiera con ella algun Jurado en Cap y algun ciudadano principal, como puntualmente hoy acontece, y aunque otras veces, por lo puramente religioso de la fiesta, franqueára sus puertas algun convento para esta profana y hasta burlesca diversion, siempre sucedia que los versos callejeros ó murales se confiaban al cuerpo de jesuitas y los de certámen se ahijaban por la Universidad, en cuya pericia todos libraban las esperanzas del lucimiento y el acierto: y ella en efecto lo hacía con tal fervor, que hubo funcion de estas para la cual dispendió el producto de seis grados, que ¡cierto! era en aquellas calendas muy razonable cantidad.

¿Qué extraño es que, pues la Universidad prestaba tanto color á todo lo que constituia las grandes solemnidades de Zaragoza, ésta se interesára constantemente por su suerte, ni qué extraño que en nuestros dias haya temblado ante la idea de que muriera en manos del siglo xix ese gran establecimiento literario que data majestuoso desde el xv, y se haya aprestado á sostenerlo por sí propia si el Estado lo desamparára alguna vez con mal consejo?

No cabe, en tan reducido marco cual el de este discurso, enumerar uno á uno los certámenes de que hay noticia ó descripcion; pero sería culpable



de mi parte no mencionar á lo menos los que tuvieron por asunto la muerte de Cerbuna y de Apaalaza, egregios bienhechores del Gimnasio cesarAugustano; los dedicados á la memoria de María Gabriela de Saboya, del príncipe Baltasar y del rey Felipe II; el celebrado en la beatificacion de Teresa de Jesús, á cuya santa misma se aplicó un donoso vejámen, cosa que en nuestros tiempos sonaria indudablemente á desacato; el consagrado á la eleccion de Inquisidor General en la persona del aragonés Fr. Luis Aliaga, en el cual concurrieron como poetisas tantas y tan aventajadas damas, que obtuvieron premio Juana Ventura Español, María Perez Pantoja, Ana Teresa de Rozas, señora de Quinto, María Paez, María Sessé, Isabel Agreda y Luisa Aguilera; y fíualmente el de la canonizacion de San Jacinto, que bastaría para dar timbre eterno á Zaragoza, pues en él certó como poeta y supo ganar un primer premio el que andando el tiempo habia de asombrar al mundo con la sin par novela del *Quijote*, el gran Cervantes, á quien hace tres siglos aclamó poeta esta ciudad y á quien hoy vuelve á aclamarse en este recinto, aunque sea por mis humildes lábios, príncipe de los ingénios españoles.

Otro Certámen hubo todavía que de propósito he reservado para el fin, y que de todos modos siempre deberia citarse el postrero, porque en efecto

fué el más moderno de cuantos hasta aquí se han apuntado. Es el que se abrió en 1723 para solemnizar la concesion de rezo propio á nuestra Señora del Pilar, suceso á que se dió más importancia que á ningun otro de los que tocaban á la Virgen ó á su templo, y que fué todavía más regocijado que las dos grandes obras en 1515 y 1681 emprendidas, la primera de las cuales produjo las maravillas artísticas del gran retablo de Damian Formen y el gran coro del florentino Juan Moreto, y la segunda esa grandiosa traza y ejecucion de toda la iglesia que habíamos admirado hasta nuestros dias, y desde donde nosotros hemos partido para avanzar con valentía las obras á que hoy se ha dado cima venturosa.

El rezo, como he dicho, se celebró lujosamente; el Certámen tuvo lugar en el templo de Minerva, esto es en el afortunado paraninfo de la Universidad cuyo ambiente poético le hacía tan apto para tales empresas; la disposicion del Certámen fué tan grande que, siendo cinco los órdenes de composiciones, hubo para cada uno una cantata y una introduccion poética trabajadas al intento; y, en fin, á lo brillante del acto se agregó, para que todavía llamára más la atencion pública, el casi desuso en que ya habian caido las justas literarias, pues, en efecto, mientras en solo treinta años del siglo xvii se habian repetido cinco veces, despues habia tras-



currido casi un siglo sin aquel noble espectáculo.

Ahora sucede lo propio, y aun mas, en este punto: siglo y medio hace que los heraldos de la poesía no han llamado al palenque á los hijos de las musas desde que los llamaron para cantar las bondades de la Vírgen de la Columna; y es como providencial que no hayan sonado otros acentos poéticos en público concurso, hasta que el mismo asunto, el mismo divino móvil ha inspirado la renovacion de aquellos peregrinos combates del númen, que no merecian morir en la tierra de los Prudencios y Argensolas.

Si esta renovacion de aquellas animadas lides ha sido ó no con fortuna, pronto vais á juzgarlo por vosotros mismos al escuchar las composiciones premiadas; mas, todavía antes de oirlas, ya puede asegurarse que están de parabien las letras; pues la sola ansiedad con que en Zaragoza se han seguido todas las pulsaciones del Certámen y la avidez con que hoy se ha concurrido á este generoso espectáculo, bastarian para darnos gloria á todos, aunque los poetas no hubieran cumplido como buenos.

Séame ahora lícito descender, aunque por muy breve espacio, á algunos pormenores que pueden parecer ténues ó nimios, pero que son la cuenta que rendimos al público los que hemos más ó menos intervenido en el Certámen.

La idea fundamental partió de la Junta de fes-

tejos, y yo no hallo palabras con que encarecer como se merece su buen tino; mas para la ejecucion de este pensamiento literario, tuvo, no sé si decir la amabilidad ó el buen tino, de confiarlo todo al claustro de Filosofía y Letras; en cuyo nombre empero cúmpleme decir que nosotros aceptamos el cargo como personas particulares cuyos estudios predisponen al acierto, mas en manera alguna como cuerpo académico, á quien nunca osáramos comprometer ni siquiera poner en riesgo de censura: hemos sido, pues, jueces del campo segun nuestro leal saber y entender, mas sin vestir la toga que para otros altos fines ha puesto sobre nuestros hombros el Estado.

El tiempo concedido á los poetas españoles ha sido, y no pudo ser mayor, sobrado corto; y de ahí han nacido ciertos vacíos que pudieran llenarse en adelante, como son el que no hagan juego con los versos algunas obras corales ó instrumentales al propósito, para que ahora como siempre la Música y la Poesía hubieran tocado en una misma lira; el que no hayan concurrido tantos poetas ni de tantas provincias como tal vez lo hicieran, á pesar de lo cual todavía se han recibido treinta y ocho obras procedentes de Madrid, Valencia, Oviedo, San Sebastian, Jijon, Lérida y otros puntos, preponderando como era presumible las de Aragon que por eso resultan sin duda muy favorecidas en los pre-

mios; y, en fin, el que de los tres asuntos se hayan presentado en desproporcion las obras, siendo más reducido el número de las que exigian mayor estudio prévio, como las dedicadas á Zaragoza que fueron diez y las á Aragon que fueron solo cinco, mientras las de la Virgen subieron á veintitres, por lo cual vinieron escasos los premios y pareció razonable otorgar tambien menciones honoríficas.

En cuanto á la apertura de los pliegos que contenian los nombres de los autores premiados y la quema pública de los que contienen los demás, esto último puede hoy verificarse porque no ofrece dificultad de algun momento; pero lo otro no debia retardarse hasta este crítico instante; pues, aunque tuviera algo de vistoso y de dramático el que recibiéramos todos y en comun esa sorpresa, hubiera sido en perjuicio de los autores y del público. Y á la verdad, que entonces no se hubiera establecido el necesario acuerdo entre ellos y el Jurado, ni para alijerar alguna lectura en obsequio del efecto, ni para preparar la impresion de las obras, ni para encomendar la lectura en nombre de los ausentes á los dignos artistas que, hermanos siempre de los poetas, hoy nos favorecen con su talento y harán subir de precio si es posible los versos que á su pura y limpia diction se han confiado, así como tampoco podrian tener los poetas en este modesto discurso la honrosa cabida que merecen y que



yo he de complacerme en darles, aunque ya en frase rápida y concisa, como es conciso y rápido todo lo que, sin colores vivos que lo esmalten, tengo que ensamblar con formas severas en la Memoria que se ha encargado á mi obediencia.

A las razones que acabo de exponer todos hubimos de rendirnos; mas, para que la apertura de los pliegos resultara dotada de toda la publicidad apetible, no la hizo por sí el Jurado, sino que llamó á la Comision del Certámen, tocando romper las plicas al Presidente del Ayuntamiento.—Entonces quedaron aclamados: D. José Matheu y Aibar, hijo querido de esta Universidad y miembro de las sociedades literarias que aquí se han fundado, á quienes honra con su mérito que solo tiene par con su modestia; D. Pablo Ordas y Sabau, en quien sorprende la union feliz que han podido hacer en su espíritu los áridos y profundos estudios de las ciencias en que es graduado con los vuelos de la imaginacion que tan altos son y frecuentes en sus obras; D. Baldomero Mediano, el cual á sus muy pocos años ha desempeñado plaza de profesor en el Colegio Politécnico de Madrid y ha dado á luz mas de un libro destinado á formar la inteligencia y el corazon de la niñez; D. Marco Antonio Galindo y Catalan, hombre estraño y admirable que tiene el alma poética y las costumbres espartanas, que con la mano que deja el arado pulsa el arpa sa-

grada, que ha guardado rebaños y ha traducido á Virgilio, que es todo lo que quiere y no quiere ser nada y que ahora mismo ha improvisado un canto poético á la Virgen en el tiempo que hubiera empleado para copiarlo un amanuense; Don Julio Monreal y Gimenez de Embun, antiguo justador siempre afortunado á quien tanto conocen y aman las musas, para quien son pocos todos los laureles y de quien todos esperan, cuando su nombre se anuncia, una obra culta, ingeniosa, correcta y acabada; D. Mariano Laita, otro de los discípulos que honran á la Universidad saldubense, y uno de los que de ella han salido para ejercer con lucimiento el profesorado; y, para terminar este glorioso catálogo de jóvenes brillantes, D. Mário de Lasala, que, sobre vestir el honrado uniforme de los Daoiz y Velarde, viste y viste con gracia la túnica de los dóricos cantores, que siente brotar espontáneamente de su imaginacion nobles conceptos, y que de su pecho, en donde parece que sólo debia tener asiento la rudeza del soldado, deja escapar suspiros de femenil ternura, semejante al atezado marino que, ora se lanza como una fiera al abordaje, ora susurra como una mujer suaves plegarias á la Virgen de la Esperanza ó las Victorias.

Estos son los poetas que tengo á orgullo el presentaros. Cómo sean y de cuántos quilates las obras que les han valido esta hermosa recompensa,

no toca decirlo ahora al Jurado: él las ha preferido entre cuantas se han presentado en competencia; mas no hará de ellas un análisis en este discurso: antes que prevenir vuestro juicio, prefiere dejarlas intactas á la sorpresa y al sentimiento público.

Hoy es el último dia de las múltiples fiestas con que se ha celebrado la conclusion de las grandes obras ejecutadas en el templo del Pilar: no podian tener mejor despedida: los cantos poéticos son, por decirlo así, lo que imprime en todas las obras humanas el estigma de la inmortalidad; y el benemérito y ya para siempre memorable Prelado que ha concebido y dado constante impulso á tan sublime empresa, el Dean que tan de cerca y con tenacidad verdaderamente aragonesa le ha asistido, los artistas que han animado la materia informe para darle vida artística y religiosa y constituir ese gran conjunto de belleza y esplendidez que todos admiramos, y los que con su óbolo modesto ó su bizarra ofrenda han contribuido á que se levante á toda su altura esa basílica, todos pueden considerarse como una entidad gloriosa que ha vivido en la inspiracion de los poetas y ha sido el alma del Certámen, por mas que el triple argumento y la triple deidad que se ha cantado haya sido ese consorcio de tres cosas grandes, el Pilar, Aragon y Zaragoza.

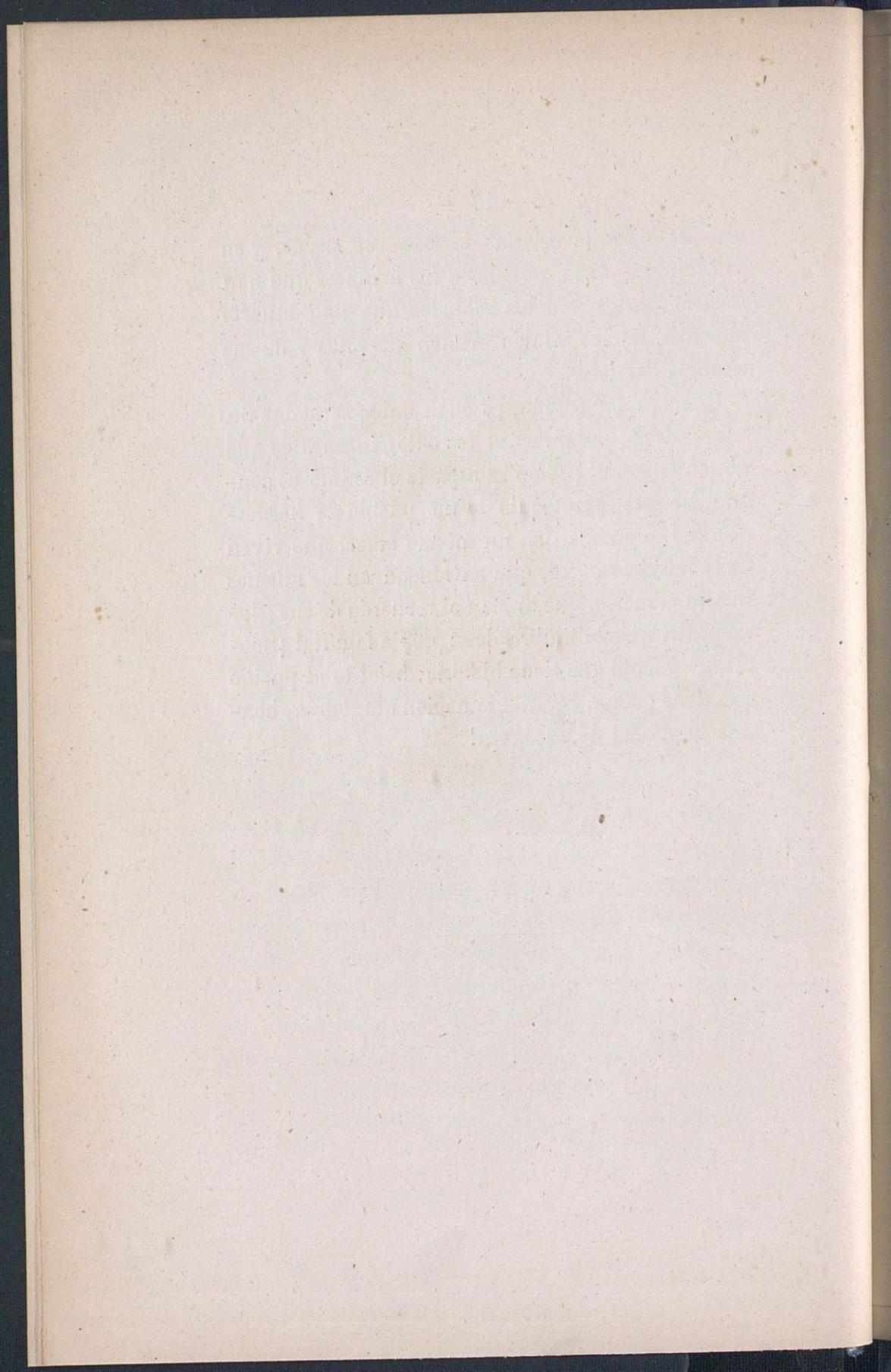
He ahí compendiada en la reunion fraternal de estos asuntos la intimidad en que vive la Virgen



con sus hijos: las glorias de estos son tuyas, y en su templo se alzan estatuas á los hombres que han muerto santos y á los soldados que han muerto mártires; de sus altares penden ex-votos y de sus cúpulas banderas.

Dulce es dar tregua, ¡y cuán dulce sería dar fin á las tristes discordias, á los ódios insensatos que nos envenenan! ¡Cómo se espacia el ánimo al contemplar este espectáculo de un pueblo de hermanos que se abrazan en un mismo amor, que viven de la misma sangre, que entroncan en los mismos ilustres abuelos, que evocan el recuerdo de sus glorias pátrias como timbres de su propia familia! ¡Bendito el pueblo que tiene historia, bendito el pueblo que tiene poesía, bendita la nacion aragonesa, bendita la ciudad de Zaragoza!

---





PRIMER PREMIO



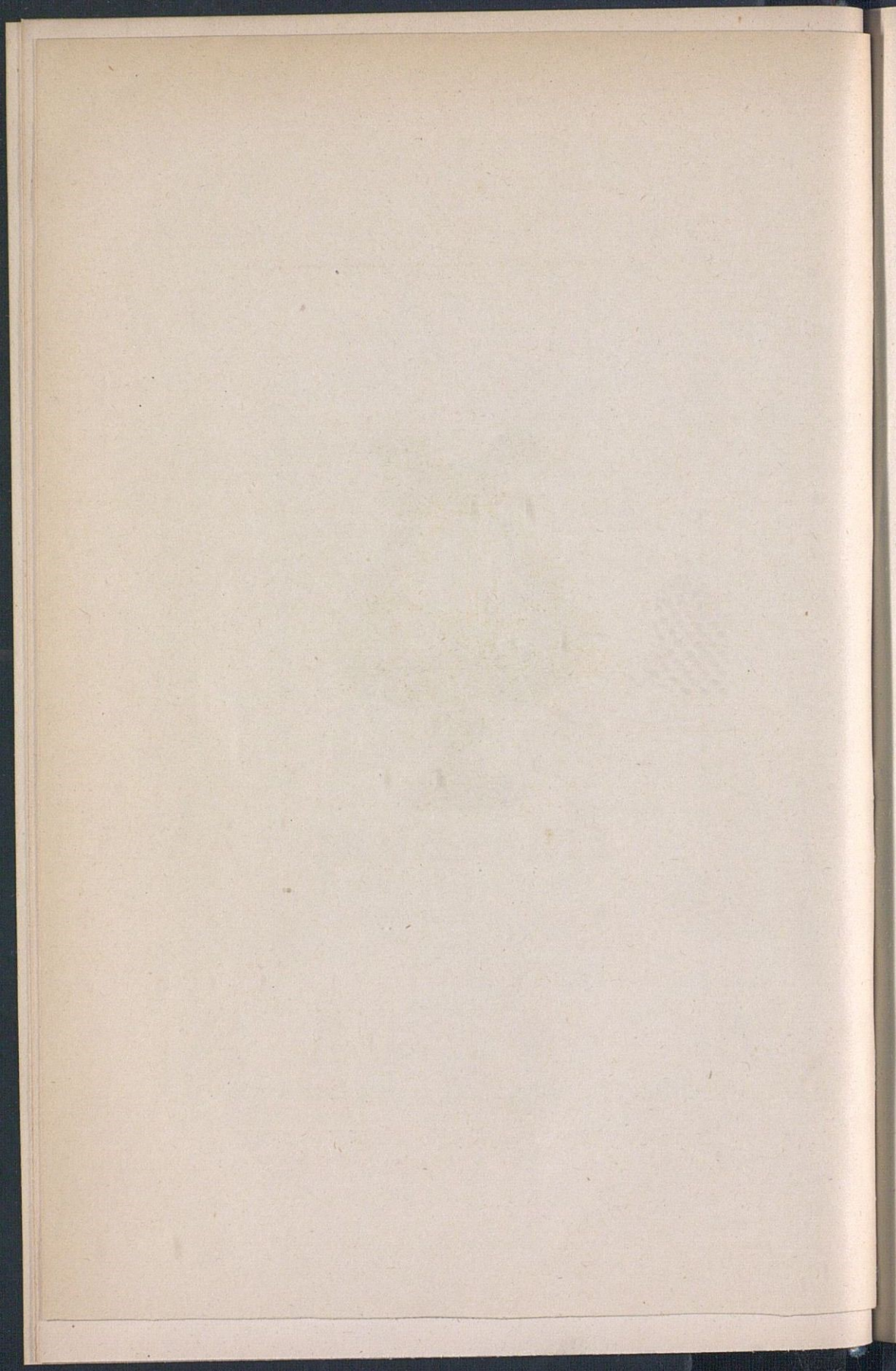
**LIRA DE ORO**

ejecutada por  
Alejandro Valenti  
Zaragoza



A. Comeleran.

Lito Aragonesa Zarag<sup>a</sup>



---

---

EN LA SOLEMNE FESTIVIDAD  
DE NUESTRA EXCELSA PATRONA  
MARÍA SANTÍSIMA DEL PILAR

---

Dulcis María,  
Tu exaudi nos semper aure pia.

HIMNOS DE LA IGLESIA.

I

Aquella es la ciudad, esos los muros  
Blasones de heroísmo y de grandeza,  
Y este que se alza á los reflejos puros  
De una serena virginal aurora,  
El santuario magnífico en su alteza  
Donde á la Virgen Madre el pueblo adora.  
¡Cuántas veces, Dios mio, cuántas veces  
Al pié de sus columnas seculares,  
Creí escuchar entre confusos sonos,  
Como el ronco zumbido de los mares,  
La voz de cien y cien generaciones!

Generaciones que al girar los siglos  
Sobre sus blancos mármoles cruzaron,  
Y al sagrado Pilar, fuente de gracias,  
Consuelo y fortaleza demandaron.  
Y la sombra rasgándose que encierra  
En tumbas colosales lo pasado,  
Cuantas ví dilatarse refulgente  
Sobre todos los tronos de la tierra,  
Sobre todas las altas majestades,  
A igual de un sol perpétuo de alegría  
Que domina las fieras tempestades,  
La gloria inmaculada de María!  
Yo aspiré de esa gloria la fragancia,  
Yo de esa gloria el resplandor he visto,  
A través de los sueños de mi infancia  
A la luz de la fé de Jesucristo.

.....

## II

Y era la noche; en el sereno espacio  
Lucian las estrellas tibiamente,  
Reflejando del Ebro en la corriente  
Sus coronas de fuego y de topacio.

No hallando ya primaveral alfombra  
Sobre los campos suspiraba el viento,  
Y flotaban subiendo al firmamento  
Los negros estandartes de la sombra.

De la ciudad de Augusto bajo el muro  
Oraba el santo Apóstol, y á su lado,  
Del grupo de discípulos amado  
Se via apenas el contorno oscuro.

Crecia su fervor, cuando el reflejo  
De una luz en los cielos encendida,  
Prestando al llano claridad y vida,  
Brilló en las aguas como en limpio espejo.

Y resonó por márgenes y eriales  
Una música angélica, hechicera,  
Como el himno de amor en primavera  
Cantado por las brisas matinales.

Tornaron los discípulos al cielo  
Mudos de asombro, su mirada inquieta,  
Con el afán con que miró el Profeta  
Cercano al ángel detener el vuelo.

Y hasta Santiago su oracion suspende;  
Y como en nube que abrillanta el día,  
Ven llegar entre albores á María  
Que á ellos los ojos cariñosa tiende.

Callan, póstranse, admiran. ¡Oh inefable  
Aurora que su espíritu enagenal  
»Discípulos de Cristo—su voz suena—  
»Dios os colme de gracia inagotable,



»Vengo en su augusto nombre; es mi deseo  
»Que edifiqueis con incansable mano  
»Un templo de oración donde el cristiano  
»Guarde su fé como inmortal trofeo.

»Allá, el que invoque con fervor mi nombre,  
»Tendrá del cielo proteccion segura;  
»Testimonio eficaz que eterno dura,  
»Prenda de la promesa que hago al hombre,

»Será la imágen que en columna fuerte  
»Perpétuamente guardará el santuario,  
»Y cual la cruz divina del Calvario  
»Verá á sus plantas sucumbir la muerte.»

Calló María; revolando en torno  
De ángeles puros la milicia santa,  
La columna fortísima levanta  
Y labra de la imágen el contorno.

Todos la adoran, su fervor se escita,  
Y con voces unánimes la aclaman;  
Bendita entre los míseros que la aman  
Y en presencia de Dios siempre bendita!

III

De los siglos la rápida corriente  
Continuó sin cesar, y desde entonces,  
Como astro permanente  
Madre sagrada esplendorosa brillas.  
¡Estrella de Aragon! Flor que has nacido  
Del Ebro turbulento en las orillas,  
Para que en su hondo anhelo  
Te encuentre el hombre del pesar herido,  
Cuando en estéril suelo  
Busca una patria suspirando un cielo.  
¡Oh Virgen del Pilar! Santo baluarte,  
Urna que guarda regaladas flores,  
Paloma á cuyo arrullo  
Enmudecen los pardos ruiseñores,  
Y apagan los arroyos su murmullo;  
Para cantar tu gloria soberana  
Dame, Señora, inspiracion sublime,  
Y la voz del torrente cuando gime  
O el trino de la alondra en la mañana;  
Haz Tú que el fuego de mi pecho no huya  
Y que vibre mi lira con encanto,  
Para que no concluya  
En grito de dolor mi pobre canto.

Sí, velabas allá..... cuando en las breñas  
Donde se alza gigante el Pirineo,  
Todo un pueblo proscrito se agrupaba,

Contemplando las márgenes risueñas  
Que el Gállego bañaba;  
Y ese era el mismo que por Tí volviendo  
Venció pujante las moriscas olas  
Tiranías de la pátria,  
Coronas de oro y de laurel tegiendo  
Para cubrir las tumbas españolas.  
Tú velabas por él cuando escribía,  
Al siniestro fulgor de las batallas,  
Ceñido el peto de aceradas mallas,  
La lanza en el arzon, calado el casco  
Frente al fastuoso trono  
Del déspota de Alepo y de Damasco,  
El código severo de sus leyes;  
Y por calmar el fratricida encono,  
Abria su Justicia con los fueros  
La puerta del palacio de sus reyes.

Tú velabas por él cuando en Oriente  
Una legion magnánima de bravos,  
Recobraba luchando las banderas,  
De un pueblo libre que dobló su frente  
Bajo el cetro que acatan los esclavos,  
Rendido á las falanges extranjeras.  
Y con ellas cubriendo en su coraje  
Los muros de Bizancio y de Sofía,  
A Andrónico su honor limpio volvia  
Y borraba las huellas del ultraje.

¡Columna de valor! ¡Tambien Tú fuiste!



Cuando el coloso que venció á la Europa  
Lanzaba á España su potente tropa,  
Cual fiera astuta que á traicion embiste,  
Entonces del cañon al sordo acento  
Del incendio voraz al rojo brillo,  
Tú inspirabas, Señora, nuevo aliento  
Al noble aragonés, al gran caudillo  
Honra de los leales,  
Contestando al traidor: «Guerra y cuchillo,  
¿Qué importa ya que nuestra sangre corra,  
O que muramos todos  
En el sacro Pilar los ojos fijos,  
Si esa sangre infeliz la mengua borra  
Y dá una pátria pura á nuestros hijos?»  
Tú ese reto escuchaste, oíste el llanto  
De las míseras madres, la voz ruda  
Del triste anciano demandando ayuda  
Al impotente brazo; y Tú invisible,  
De paz tendias amoroso manto  
Sobre esa inmensa convulsion terrible.

Tesoro de piedad, ¿quién dolorido  
Llegó á tu trono de valor escaso,  
Y elevó su mirada á tu faz bella,  
Sin ver á su oracion y á su gemido  
Alzarse hermosa del oscuro ocaso,  
La esperanza en tu amor como una estrella?  
¿Quién invocó tu nombre en el destierro  
Siendo vana su voz? ¿Quién, contemplando  
Preso en cadenas el cruzado hierro



Que oprime á la inocencia,  
No sintió el rayo cariñoso y blando  
que mandabas del cielo á su conciencia?

Y hoy que á tus gracias y celestes dones  
Se levantan los nobles corazones  
Sintiendo gratitud; hoy que sonoro  
Lánzase el himno dominando al viento  
Con los acordes del laud de oro;  
Que al eco de tus glorias se despierta  
El pueblo aragonés; que en paz profunda  
Su piedra sepulcral deja desierta  
El fuerte mártir en la fé coloso;  
No des, ¡oh Madrel á tu favor reposo,  
Haz la concordia universal fecunda;  
Del odio fratricida  
Agota los eternos manantiales,  
Santificando con tu amor la vida  
Cuando llegue apenada á tus umbrales.  
Accede, ¡Virgen pía! Con las flores  
Que pródigos guardamos,  
Tejeremos, Señora, una guirnalda  
Que ostente bella entre apiñados ramos,  
Ricos cambiantes de oro y esmeralda;  
Y símbolo filial, emblema justo  
De los favores que en tu nombre goza,  
Coronará con ella Zaragoza  
El santo alcázar de tu trono augusto.

JOSÉ M.<sup>a</sup> MATHEU Y AIBAR.

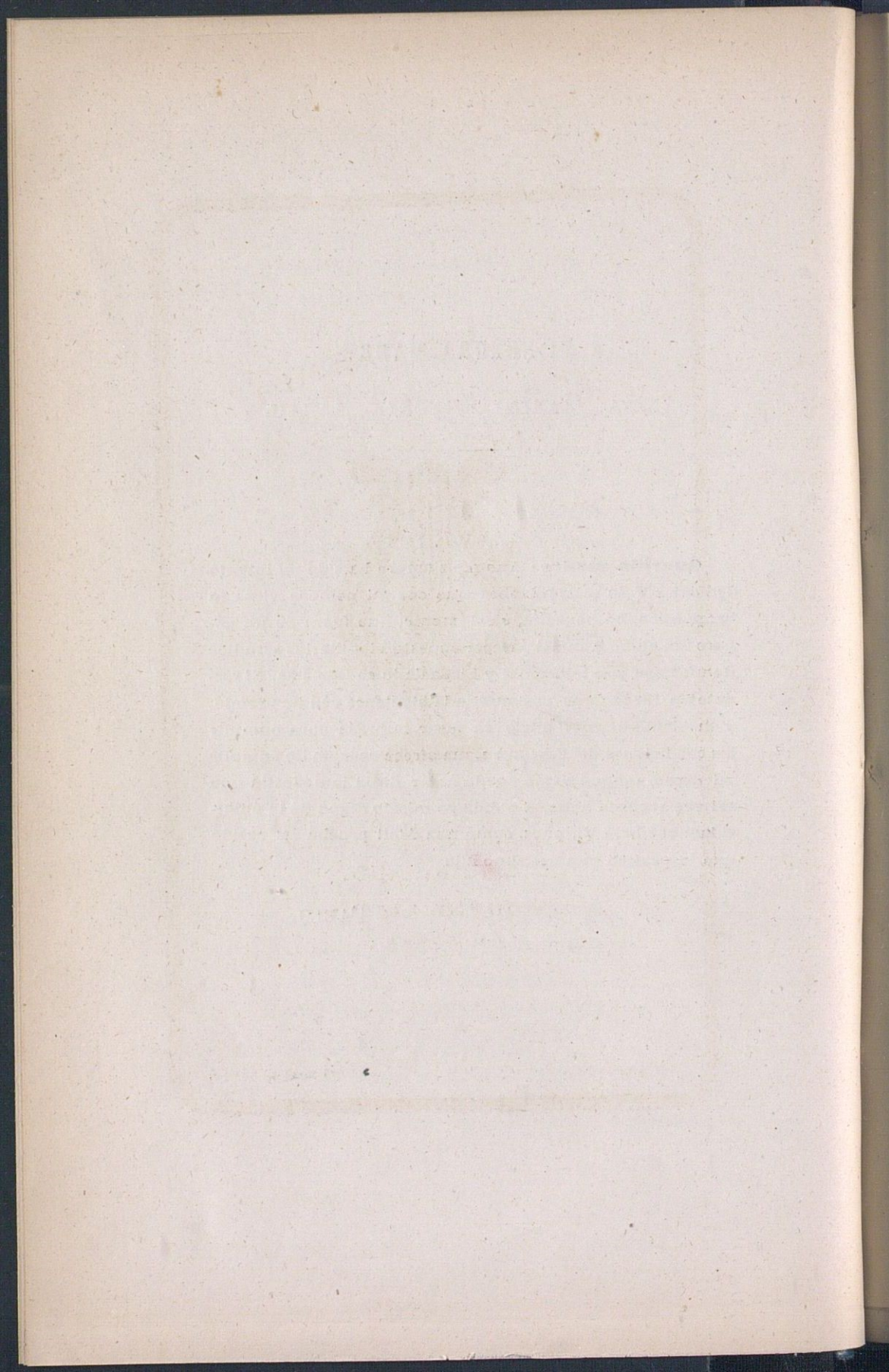
Á MI SEÑORA MADRE

DOÑA MARÍA ANTONIA SABAU.

---

**Querida madre:** Aunque siempre ha sido mi intento dedicar á V. la primera obra que con mi nombre viese la luz pública, no pensaba, ciertamente, que fuera de un género tan ajeno y aun al parecer opuesto á los diarios estudios de un Ingeniero industrial y Licenciado en Ciencias. El respetable Jurado que ha honrado la siguiente con un premio, y en virtud de cuyo juicio va á ser impresa para cumplir las condiciones del Certámen, me ofrece ocasion de cumplir mi deseo, sin que se me pueda notar de la inmodestia que tal vez argüiría haberla creído yo mismo digna de la publicidad: recíbala V., pues, como una débil prueba del cariño que le profesa su afectísimo hijo

PABLO.





SEGUNDO PREMIO

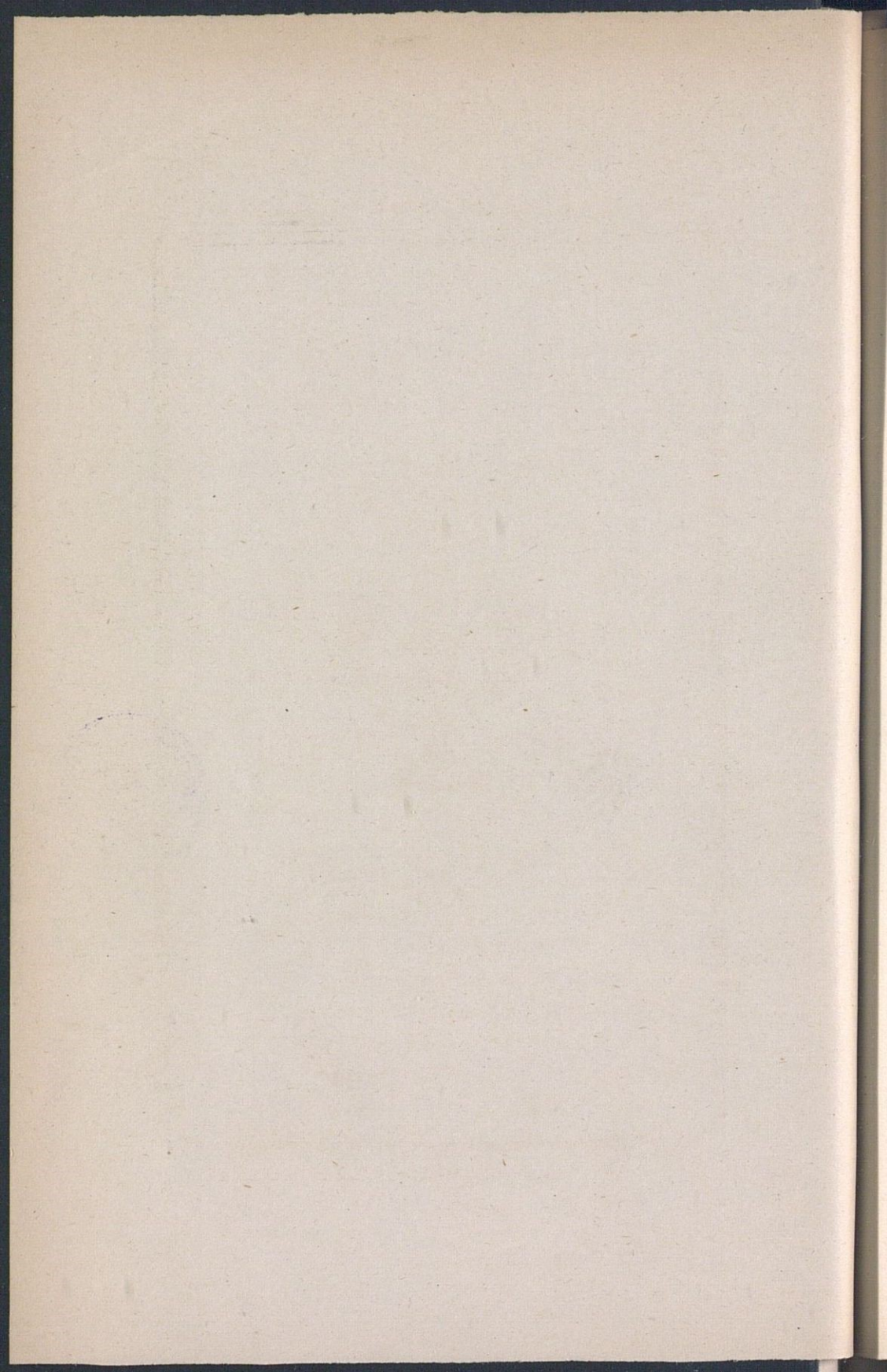


LIRA DE ORO

ejecutada por  
Gregorio Ortega  
Zaragoza.

A. Comeleran.

Lito Aragonesa Zarag<sup>a</sup>



TERCER PREMIO

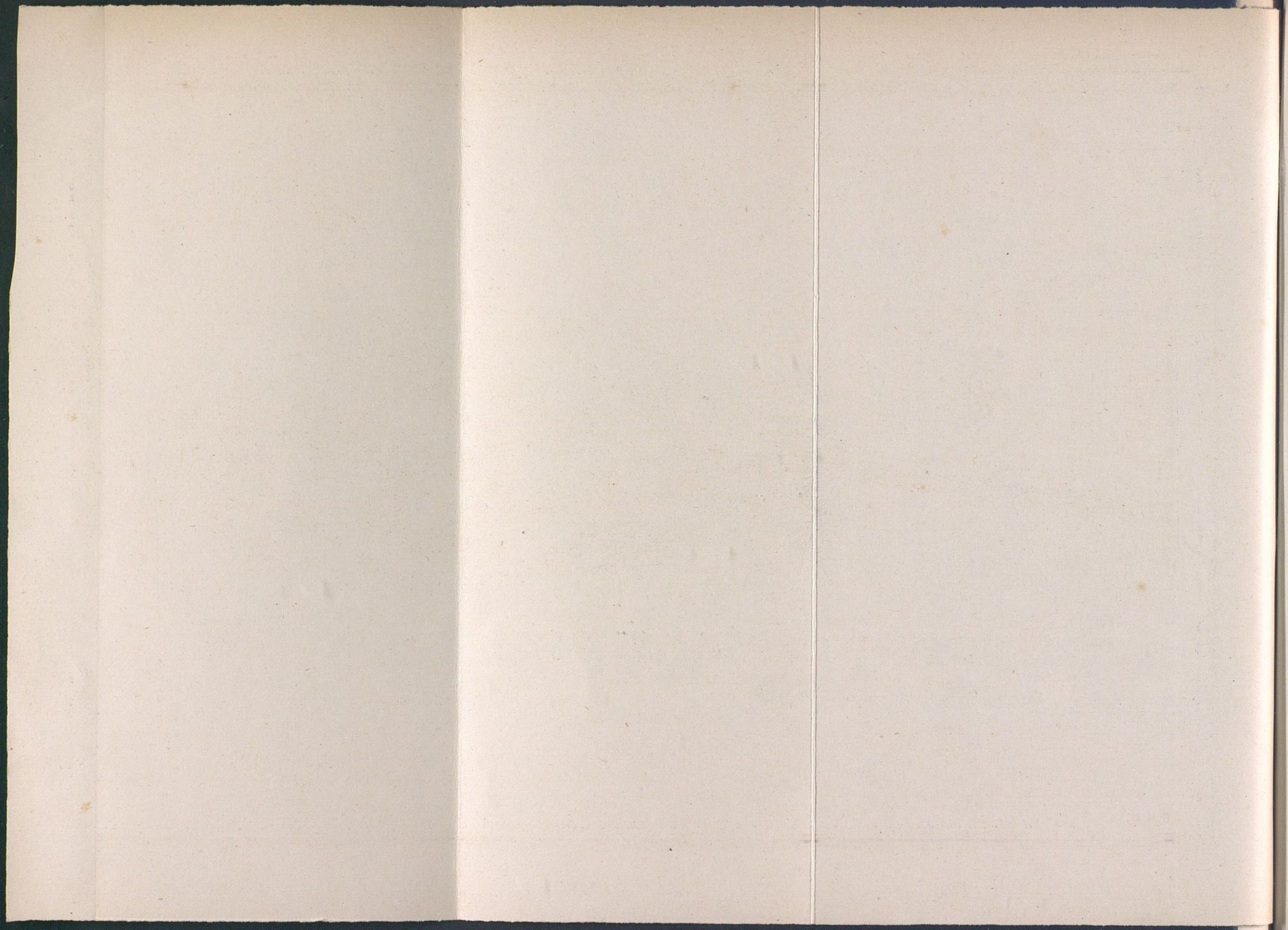


PLUMA DE PLATA  
Construida por  
Jose Tarongi  
Zaragoza.



A. Comeleran.

Lito. Aragonesa Zarag<sup>a</sup>





---

---

# EL CUATRO DE AGOSTO.

## CUADRO HERÓICO.

---

L'orror, la crudeltá, la tema, il lutto  
Van d'intorno scorrendo; é in varia immago  
Vincitrice la morte errar per tutto  
Vedresti ed ondeggiar di sangue un lago.

TASSO-GERUSALEMME, C.º IX.

### I

Musas del Ebro, que, el estrago huyendo  
Con que asolaba Marte el llano y sierra,  
Desde el alto Moncayo el choque horrendo  
Oisteis de las armas y la guerra,  
Cuando sus negras alas estendiendo  
El buitre de la Galia en nuestra tierra  
Cual digna presa de ambicion injusta  
Se arrojó á la inmortal César-Augusta;

Si al pátrio fuego que mi acento inflama  
Y de mi pecho al entusiasmo ardiente



Un destello infundis de aquella llama  
Que arde del vate en la inspirada mente,  
Entre los hechos mil con que á la fama  
Fatiga de Aragon la invicta gente  
Un solo dia de heroismo y llanto  
Será el asunto de mi rudo canto.

Diré el furor de gálicas legiones  
Entrando cual torrente impetuoso  
Al infernal rugir de sus cañones  
De Zaragoza en el sangriento Coso;  
Y hombres, niños, mujeres, cual leones  
Abalanzarse al invasor odioso,  
Logrando rechazar la altiva tropa  
De Francia orgullo, admiracion de Europa.

¡Dia de prueba! ¡Memorando dia!  
El alma que suspira con anhelo  
Viendo hoy triunfante la discordia impía  
Del pátrio amor, emanacion del cielo,  
A impulsos de agitada fantasía  
Se eleva á lo pasado en raudo vuelo  
Do, evocado, á su vista se presenta  
El cuadro heróico que trazar intenta.

Y al débil rayo de la blanca luna  
Que con su suave albor deja teñido  
En triste luz sin brillantez alguna  
El manto de la noche humedecido,  
El teatro contempla en que fortuna

Su mas rudo combate habrá reñido  
Cuando el próximo sol con tardo paso  
Hunda su frente en el lejano Ocaso.

¡Horrible vista! La feraz cintura  
Que á Salduba ciñó naturaleza,  
Su balsámico manto de verdura  
Preciado adorno de sin par belleza,  
Las blancas quintas que gozó segura  
Entre bosques de olivos la riqueza,  
Del hierro y fuego con alterno modo  
Todo está ardido y arrasado todo.

Elévanse sus cúpulas sin cuento  
Y torres con furor acribilladas  
Alzándose en oscuro firmamento  
Como negras fantasmas destacadas.  
Ni gruesos muros sobre firme asiento,  
Ni ondas en ancho foso aprisionadas,  
Ni artillado torreón, ni baluarte  
Puede oponer contra el furor de Marte.

¿Mas para qué si la arrogancia fiera,  
Si la fé, si el valor la están guardando?  
Cincuenta veces la terrestre esfera  
Hizo su giro por el éter blando  
Y otras tantas la España en su carrera  
Al astro de la luz fué presentando,  
Desde que el galo su ímpetu creciente  
Vé ante débiles tapias impotente.

Y ahora cual magnánimo guerrero  
Que el fatigado cuerpo al sueño fía  
Pronto á empuñar el centellante acero  
Al nacer en Oriente el nuevo día,  
Así al rumor del caudaloso Ibero  
Reposa la ciudad muda y sombría;  
Descansa breve que entre mil horrores  
Gozan sus invencibles defensores.

Mas no todos. Oid! El grito breve  
Del siempre vigilante centinela  
Que el lento paso tras la cerca mueve  
Por el recinto transmitido vuela!  
Alerta! Sí, que el invasor aleve  
Fácil descuido aprovechar anhela,  
Y el ciudadano bajo el pátrio techo  
Duerme, arrimado su fusil al lecho!

¿No veis en torno del endeble muro,  
Semejando al vagar sombras flotantes  
Evocadas en mágico conjuro,  
Confusas masas en el llano errantes?  
Polacos son! En el ambiente oscuro  
Lucen sus lanzas de la sangre amantes;  
Sed de botín su corazón respira,  
Brillan sus ojos que inflamó la ira.

Vano furor! La voluntad divina  
Que por oculto inescrutable arcano  
Poder terrible que doquier domina

Del coloso francés puso en la mano,  
Al decretar su inevitable ruina  
El valor suscitó del pueblo hispano:  
Premió en Bailen su intrépida arrogancia;  
Hoy Zaragoza humillará á la Francia.

De la estensa ciudad junto á la puente  
Que al Ebro quiebra su raudal de plata  
El templo de María en la corriente  
Sus elevadas cúpulas retrata;  
La basílica excelsa dó ferviente  
Venera el pueblo en reverencia grata  
La imágen santa y el Pilar que al suelo  
Trajo, aún viviente, la que adora el cielo.

Allí, cubriendo la capilla santa  
En mármoles y jaspes construida,  
Una cúpula humilde se levanta  
Por divino pincel enriquecida;  
Y apoyando sobre ella leve planta  
En la veste de púrpura escondida  
Hállase inmóvil celestial guerrero  
De alto designio ejecutor severo.

Cuando las hordas de Murat feroces  
Impelidas de enojo furibundo  
Del patriotismo las temidas voces  
En sangre ahogaron indignando al mundo,  
Cuatro ángeles terribles las atroces  
Escenas vieron con dolor profundo,



Y á la voz del Señor con prestas alas  
Abandonaron las etéreas salas.

»Marchad, les dijo: la cruel matanza  
»Que de Mantua las calles ensangrienta  
»Señal sea de guerra y de venganza  
»A cuanta gente Iberia en sí sustenta:  
»Del español la indómita pujanza  
»El invasor francés al punto sienta;  
»Inermes pueblos, ciudadanos leales  
»Desprecien las banderas imperiales.»

Y al punto los celestes campeones,  
Angeles de ira, de esterminio y duelo,  
Dejadas las empíricas regiones  
Rápidos llegan al mantuano suelo;  
Y en sangre de inocentes corazones  
Que vierte de Murat inicuo celo,  
Cada ángel de terror su espada baña  
Que va á encender la indignacion de España.

Viéronse sobre Mantua colocados  
En el espacio luego alzar la frente  
Y por opuestos vientos sustentados  
Tomar cada uno rumbo diferente:  
Desprenden sus aceros empañados  
Rojos vapores en el puro ambiente,  
Y al respirarlo el español suspira  
Y arde su pecho en generosa ira.

¡Espíritu terrible que hácia el Norte  
El vuelo dirigiste impetuoso,  
Y de la Virgen, celestial consorte,  
Velas hoy sobre el templo suntuoso,  
Por tí el horror de la asolada Córte  
El Celtíbero supo belicoso:  
Tu inspiracion en despertar se goza  
El arrojó inmortal de Zaragoza!

Vedle allí! Su poblada cabellera  
Como cometa precursor de llanto.  
Se agita al viento: su mirada fiera  
Centellea encendida en furor santo:  
En su diestra la espada reverbera  
Con siniestro fulgor del galo espanto,  
Y es su dorado escudo suficiente  
A cubrir la basílica imponente.



## II

Ya el astro de la luz en el Oriente  
Sobre celajes de zafir y grana  
Muestra su disco fúlgido rasgando  
El seno de la aurora nacarada.

Mas no gorgeos de cánoras aves  
Le hacen alegre y armoniosa salva,  
Ni el sufrido labriego á sus labores  
Desde la invicta Zaragoza marcha.

El son de las cornetas estridentes  
Y el bronco estruendo de marciales cajas  
En la ciudad y en la invadida vega  
Hacen vibrar estremecida el aura.

Como enorme serpiente que á su presa  
Váse acercando en undulante marcha  
Y luego á cada vuelta va estrechando  
El círculo que encierran sus escamas,

Las trincheras así del enemigo  
En fértiles terrenos escavadas  
Casi á tocar en la ciudad heroica  
Con tortuosa forma se adelantan:

Y allí por todas partes rodeando  
Edificios sin cerca, endebles tapias,  
En paralela inmensa se desplegan,  
Como muro de fuego ante la plaza.

Hoy, al lucir el rubicundo Febo,  
Véense de combatientes erizadas  
Mostrando en las terribles baterías  
Los sombríos cañones sus gargantas.

En ellas ya para el tremendo asalto  
El implacable asediador prepara  
Cuantos el genio destructor conoce  
Instrumentos de ruina y de matanza.



Todo está presto! La encendida mecha  
Del robusto artillero en manos se halla;  
Prontas están á vomitar la muerte  
Las metálicas bocas bien cargadas.

¡Despierta, Zaragoza! Por tus calles,  
En confuso tropel gritan al arma  
Y en la inclinada torre el aire hiere  
A rebato tocando la campana.

En la vecina altura de Torrero,  
Recreo ayer de lá ciudad sitiada,  
Hoy campamento en que el francés caudillo  
Su cuartel general altivo planta,

Juntos los jefes que su ardor secundan  
Conduciendo las huestes de la Francia,  
Así Lebfevre con lenguaje duro  
Mal comprimiendo su furor les habla:

«Oficiales invictos, que triunfando  
»Llevasteis las insignias de la pátria  
»Desde el Vístula helado á las regiones  
»Que el Nilo inunda con limosas aguas;

»Los que al ruso feroz visteis huyendo  
»Y las legiones que os opuso el Austria,  
»Ante cuyos gloriosos batallones  
»Fueron los Alpes despreciable balla,

»¿Será que turbas de paisanos rudos  
»El arado dejando y las azadas  
»Las triunfadoras águilas contengan  
»Insultando al francés con su constancia?

»¡Insufrible vergüenza! Ya la Europa  
»Fijas tiene en nosotros sus miradas  
»Y el carmin de la ira el rostro enciende  
»Del soberano augusto que nos manda.

«¡Ni un día más nuestra mancilla dure!  
»Marchad, enardeced las huestes bravas!  
»A vencer ó morir! Que hoy á mi vista  
»La ya débil ciudad rinda las armas!»

Dice, y ansiando la inminente lucha  
Cada cual con su hueste se prepara,  
Hasta que al fin el sitiador caudillo  
La señal del combate al aire lanza.

Cuando impelidas de contrarios vientos  
Se estienden cual sudario nubes pardas  
Conduciendo el fluido que fabrica  
El rayo destructor en sus entrañas,

¿Oisteis con estruendo rimbombante  
Resonar el espacio á gran distancia  
Y entre el fragor de pavorosos truenos  
Abrirse las celestes cataratas?

¿Y al punto repetidos por el eco  
Volver á retumbar á gran distancia  
Y otros seguir en confusion horrenda  
Estremeciendo el orbe que amenazan?

Con tal horror, con parecido estruendo  
Detonan á la vez en mil descargas  
Las infernales máquinas de guerra  
Que en torno á Zaragoza tiene Francia.

Los mortíferos globos que en cañones  
De comprimidos gases toman alas  
Hasta arrancar con incesante choque  
Duros fragmentos que á su paso arrastran;

Las huecas bombas de preñado seno  
Y de ardiente espoleta, que en su marcha  
Luminosa parábola en los aires  
Desde el mortero al elevarse trazan;

Y granadas de incendios productoras,  
Y la incesante lluvia de metralla,  
Todo á la vez contra Salduba insigne  
Arroja el invasor con fiera rabia.

Sobre el sagrado templo de la Virgen  
El celestial guerrero que lo guarda  
Teniendo alzado el colosal escudo  
Protege la santísima morada;

Y moviendo en el aire estremecido  
La milagrosa enrojecida espada  
De los siempre constantes defensores  
El patriotismo y el valor exalta.

¡Oh, cómo enardecidos el peligro  
Desprecian de la lucha sanguinaria!  
¡Ni un solo rostro descolora el miedo,  
Ni un solo corazón allí desmaya!

Unos parten veloces á las puertas,  
Otros ocupan las endeble tapias  
Y ya las españolas baterías  
Responden á extranjeras amenazas;

Mientras el impertérrito caudillo  
Que Zaragoza con amor aclama,  
El leal Palafox, la línea toda  
Corre animando á la defensa brava.

En tanto los franceses batallones  
Se acercan sin cesar, hidras humanas  
Que soplan destrucción, cuyas cabezas  
Al punto de cortarlas se reemplazan.

Ya en el castillo que de reyes moros  
Fué y de cristianos regalado alcázar  
Intentan penetrar, mas tú, oh Cerezo,  
Tras escombros de muros los rechazas.

Entonces á la vez lánzase airados  
A la torre del Pino, á la inmediata  
Puerta del Cármen y á la cerca débil  
Con que cierra sus huertas Santa Engracia.

Espacio reducido á do Lebfevre  
El empuje concentra de sus armas!  
Donde vá á dirigir todos sus rayos  
El implacable dios de las batallas!

Como rugiendo embravecidas olas  
Invaden las arenas de la playa  
Y en escollos chocando se retiran  
Y otras al punto con fragor avanzan.

Tales los batallones enemigos  
Una vez y otra vez llenos de saña  
Llegan hasta tocar en los cañones  
Que siembran en sus filas la matanza.

Y así como la mar cuando el navío  
Hiende potente las salobres aguas,  
Sobre el sulco que abrió quilla espumosa  
Cierra sus ondas que lo cubren rápidas.

No de otro modo al acercarse al muro  
Ocultan las columnas que adelantan  
Los espantosos huecos que silbando  
Abren en ellas las candentes balas.



Cuadros, Torres, Hernandez, Renovales,  
Zamoray, Sangenis, dejad que el alma  
Admirada os conceda en digno canto  
Merecido tributo de alabanzas!

Vosotros, los intentos secundando  
Del gefe aragonés, con arrogancia  
En lucha desigual á los franceses  
Las huestes oponéis zaragozanas.

No el retumbar de los broncíneos tubos  
Suspende el enemigo en tregua grata,  
Ni el granizado fuego de la línea  
Un solo instante en sus trincheras pára.

Todo es horror en la ciudad: la sangre  
Forma en las puertas anchurosas charcas;  
Cadáveres sin cuento están tendidos  
En los patios, las calles y las plazas.

Y siguen los patriotas defendiendo  
Con indomable arrojo las entradas,  
Y llévanles bebidas y cartuchos  
Sus esposas, sus madres, sus hermanas.

Escombros de edificios combatidos,  
Arcos enormes, defensivas tapias  
A impulso de enemigos proyectiles  
Sobre ellos con estruendo se desgajan.

Y cuando ya en ruinosas baterías  
Muestran sus mismos pechos por murallas  
Y el sol oscurecido por el humo  
De su curso á mitad próximo se halla,

Entónces por dos brechas espaciosas,  
Cual cuadrilla de fieras inhumanas,  
De Santa Engracia el edificio y templo  
Con ímpetu iracundo se abalanzan.

Y el hambre de saqueo y la alegría,  
Y el iníquo deseo de venganza  
Animando sus pechos, confiados  
Por las vecinas calles se derraman.

«Zaragoza es ya nuestra!» con feroces  
Gritos ahullan en su lengua pátria,  
Y al arrogante Palafox el viento  
Conduce sin cesar tales palabras.

Y con voz retumbante «Aragoneses!»  
Desde el corcel sobre que monta esclama.  
«¿No ois esos acentos? Y al oírlos  
»¿No ahogais en sangre vil tal confianza?»

»A luchar! A luchar! Que el plomo y hierro  
»Desengaño cruel lleven á su alma!  
»¡Ni un palmo avancen sin regar el suelo  
»Con su sangre traidora en nuestra plazal»



Vuela el pueblo al combate: á cada paso  
Presencia el invasor fieras hazañas;  
Cuantos no van unidos en columna  
Entregan al cuchillo sus gargantas.

Lebfevre entonces, concentrar ordena  
Las tropas que imprudentes adelantan,  
Y en reducido espacio hace que ocupen  
Los conventos, las calles y las casas;

Y por breves momentos, suspendiendo  
El furor sanguinario y la matanza,  
Envia sus veloces edecanes  
Que nuevas huestes al combate llaman.

Mira en tanto á Salduba y altanero,  
«Ciudad, dice, demente ó temeraria,  
»Yo haré que tan inútil resistencia  
»Lloren tus hijos con ardientes lágrimas.»

Entonces á sus ojos admirados  
Preséntase la sombra veneranda  
Del valeroso rey que al agareno  
Arrebató la capital bizarra;

Y dirigiendo el extranjero jefe  
De injusta indignacion duras miradas,  
«¡Ay del Imperio! dice: ¡Ay de vosotros,  
«Mercenarios guerreros de la Galia!



»Cuando alzando la insignia redentora  
»Aquí humillé las lunas musulmanas,  
»El ancho foso, relleno al punto  
»Mandé igualar al suelo sus murallas.

»La Côte de Aragon, dije á mi pueblo,  
»Sea en el porvenir nueva Numancia:  
»Los pechos de sus fuertes habitantes  
»A defenderla de extranjeros bastan.

»Antes que estienda su estrellado manto  
»En el cielo la noche solitaria,  
»Verás que un pueblo altivo es invencible  
»De la justicia al defender la causa.

»Que no hay muros ni fuertes, ni hay trincheras  
»Como la fé, que anima empresas altas,  
»Como el desprecio á los tiranos, como  
»El amor generoso de la pátria.»

### III

Mientras el genio cruel de las conquistas,  
Gigante hijo de infernal soberbia,  
Desde el campo francés lanzaba rayos  
La destruccion obedeciendo ciega,

Y en aquilon sulfúreo cabalgando  
La descarnada muerte siempre hambrienta  
Volaba entre irritados combatientes  
Mostrando en todas partes su presencia,

Entusiastas soldados y arrogantes  
Hijos que envían Cataluña y Huesca  
De diferentes puntos concurriendo  
Hasta Pina llegaron y hasta Osera.

Allí, de la catástrofe ignorantes  
En que se vé la capital envuelta,  
Esperan al caudillo que los lleve  
Con peligrosa marcha hasta las puertas.

El celestial espíritu que se halla  
Del sagrado Pilar sobre la Iglesia,  
Con sobrehumana vista, detenidos  
En inacción forzosa, los contempla.

Y visible á los ojos presentándose  
De Palafox que la ciudad estensa  
Rápido corre, las turbadas gentes  
Escitando ardoroso á luchas nuevas.

«Caudillo benemérito, le dice,  
»¿Alejar de Salduba acaso piensas  
»Sin llegar los auxilios deseados  
»Las numerosas huestes extranjeras?

»El detonante polvo, que en las bocas  
»Que vomitan la muerte ardiendo humea,  
»Tienes ya escaso en la ciudad: mañana  
»Sin él inermes estarán tus fuerzas.

»Cuál es tu intento?» Palafox, entonces,  
«Morir, con entusiasmo le contesta,  
»Si el cielo en sus decretos soberanos  
»Tan contraria fortuna nos reserva.

»Mas no será sin que el francés osado  
»Su propia sangre en abundancia vierta;  
»Que si pólvora falta á mis paisanos  
»Tendrán líquido hirviendo, hierro y piedras.»

Con acento imperioso, á sus palabras  
Así el Angel replica: «La suprema  
»Voluntad del Señor mejor fortuna  
»A la invadida poblacion reserva.

»Escucha sus mandatos: Hacia Pina  
»En rápido corcel al punto vuela:  
»Allí refuerzos hallarás; convoyes  
»Necesarios tambien allí te esperan.

»A pesar de las huestes enemigas,  
»Tu espíritu indomable y tu prudencia  
»Aquí las deben conducir: el pueblo  
»Lucha entretanto sostendrá tremenda.»

Dice, y al punto el General bizarro,  
Escolta acompañándole ligera,  
Por oculto sendero, como el viento  
Las enemigas filas atraviesa.

Tras el terrible pavoroso estruendo  
Que á la ciudad estremeció y su vega,  
¡Cuán fúnebre silencio en este instante  
Entre el horror y las desgracias reinal

Ya la potente voz de los cañones  
Cesó de retumbar: la torre Nueva  
Con bronceo son del címbalo vibrante  
El terror y la alarma doquier lleva.

Momentos de ansiedad! Desde Torrero  
Una tras otra con veloz carrera  
Compañías descienden semejando  
Rio de relucientes bayonetas.

¡Vedlas desembocar en el recinto  
Reforzando las huestes compañeras  
Prontas á derramar por Zaragoza  
La muerte, la deshonra y la miserial

Más lejos preparados, conteniendo  
De soberbios caballos la impaciencia,  
Dragones de penachos ondeantes,  
Rojos lanceros la llanura pueblan.

Infeliz de Saldubal Esos soldados,  
Corazones de tigres y de hienas  
Esconden en sus pechos: sus hazañas  
De la raza del hombre son afrenta!

¡Ni al ministro de Dios en sus altares,  
Ni al pudor de las tímidas doncellas,  
Ni al enfermo, ni al niño candoroso,  
Ni la canosa ancianidad respetan!

La gloria militar! Ese es el númen  
Que invocan oprimiendo España entera;  
¡Profanado vocablo, manto de oro  
Que cubre iniquidades y violencias!

Monjes de Santa Fé, sencillas gentes  
Que habitabais los pueblos de la vega,  
En vuestra sangre que sus trages mancha  
Vengaron su derrota de las Eras.

Esos son los guerreros invencibles  
Que, cual bandas de buitres, á su presa  
Se van á abalanzar. ¡Hasta sus armas  
Parecen de la sangre estar sedientas!

Por eso, ¡oh Zaragoza! con lamentos  
Tus templos, calles y tus casas sueñan:  
Lloran todos los débiles; las madres  
Gimiendo abrazan á sus caras prendas.



Vosotros, esforzados defensores,  
Que en llanto las familias veis deshechas  
¡Con qué furor las vengadoras armas  
Haceis temblar en las potentes diestras!

Escuchad! Escuchad! Ya los morteros  
Retumban otra vez: finó la tregua.  
¿No ois hendir el viento en son agudo  
Con temblorosas notas las cornetas?

Es la señal de acometer. Al punto  
De Santa Engracia por la calle recta  
Avanza el enemigo, como nube  
Que lleva en sus entrañas la tormenta.

¡Ved ya del Coso en la anchurosa calle  
Mostrar sus estaturas gigantescas  
Los granaderos de la guardia! El suelo  
Bajo sus plantas golpeado tiembla.

Llegó el fatal momento! En dos columnas  
Parten de allí con direccion opuesta:  
Así torrente desbordado inunda,  
Dividido en dos brazos, la ribera.

Desierto hallar el Coso, y en su marcha  
Ni hombres ni barricadas se atraviesan:  
Ya los duros soldados imaginan  
Al yugo infame la ciudad resuelta.

Injuriosa esperanza! Torpe miedo  
Jamás de Zaragoza se apodera!  
¡Mirad ya los valientes cuyo brazo  
Paralizó un momento la sorpresa!

Ocupando la plaza, que su nombre  
Tomó de la afligida Magdalena,  
Turba de denodados labradores  
Que un religioso con fervor alienta,

Con pecho descubierto á los franceses  
Inesperado obstáculo presentan,  
Y allí con entusiasmo inestinguible  
Desesperado reluchar comienza.

¡Oh cuán pronto su ejemplo generoso  
Se sigue en la Ciudad! ¡Con qué presteza  
El fuego de fusil cunde en las calles  
Que del Coso á ambos lados se presentan!

Pocos son y bisoños los patriotas:  
De Francia las legiones altaneras  
A su nutrido fuego y á sus balas  
Con balas duplicadas les contestan.

Mas no ceden por eso: de sus vidas  
A su Dios y á su pátria hacen ofrenda:  
Crece el furor en los contrarios, crece  
Del pueblo aragonés la resistencia.

A brazo conducidos los cañones  
Rechinar por las calles: los manejan  
Paisanos ignorantes y en el Coso  
Encendido tizon usan por mecha.

Crúzase la metralla destruyendo  
Hasta la humana forma en los que encuentra  
Y chocando en las casas, de rebote  
Hace en curso veloz víctimas nuevas.

En tanto los franceses, de Salduba  
La parte no invadida bombardean:  
Fuego Torrero y proyectiles lanza  
De sus potentes numerosas piezas.

Así, al hervor de su profundo seno,  
Lanza al espacio en erupcion el Etna  
Entre líquida lava y humo denso  
Pedazos mil de enrojecidas peñas.

Aquí los infelices habitantes  
Con gritos de dolor su casa dejan,  
Su casa en cuyos muros los cañones  
Abrir lograron espantosa brecha.

Allá de otro edificio por los techos  
La enorme bomba al descender penetra  
Y con soplo volcánico estallando  
Rojizas llamas hasta el cielo eleva.



Y en tanta confusion, los granaderos  
Dos, tres y cuatro veces con fiereza  
Pretenden avanzar; mas otras tantas  
Ante el valor aragonés se estrellan.

¡Cuánto patriota cuyo oscuro nombre  
Ni llegará á las gentes venideras  
Inauditas hazañas ejecuta  
Del canto dignas y de fama eterna!

¡Más dichosos vosotros, que la historia  
Ensalzará con sus doradas letras  
Prez de los militares españoles,  
Honor de ciudadanos, gloria ibera!

Tú, infatigable Torres, bravo jefe  
De escasa guarnicion que en la defensa  
Ayuda á Zaragoza, tú que el mando,  
Ausente Palafox, tienes en ella;

Simonó, belicoso comandante,  
Que mostrando el primero tu entereza  
Volaste á dirigir los labradares  
Que principiaron desigual pelea;

Valeroso Codé, tú, cuyos brazos  
Prácticos en agrícolas tareas  
Un cañon en la calle de la Parra  
Por falta de artilleros hoy manejan,

Y los que ya en el formidable asalto  
Mencionó en el furor de la contienda  
La fatigada Musa y otros ciento  
Cuyos sublimes hechos no celebra!

Ya con espanto el invasor advierte  
La mortandad que sus soldados merma:  
Los que del Sol hacía la puerta andaban  
En vergonzosa retirada cejan.

Pero ¿quién el furor, quién la arrogancia  
Domar podrá de las humanas fieras  
Que al opuesto Mercado se dirigen  
Y adelantan, y roban y degüellan?

Patriotas! ¿No las veis por varias calles  
A Estrévedes llegar de horrores ebrias?  
¿Será que allí reunidos cual furioso  
Destructor huracan luego se estiendan?

Nó, vive Dios! Como leon airado  
Hé aquí que Sas con sus valientes llega,  
Cides de la parroquia de San Pablo,  
Héroes de la española independencia!

No con tal furia embravecidos toros  
Bramando embisten en la lidia ibérica,  
Como al francés que receloso avanza  
Se arrojan iracundos; lucha horrenda!

Ya por fin las legiones imperiales  
Vacilan, retroceden y se encuentran  
Con sus antes vencidos compañeros  
Que huyendo vienen de la parte opuesta.

Verdier los ve llegar: ardiendo en ira  
Con nuevos batallones los refuerza:  
A su voz los soldados sanguinarios  
Juran vengar la recibida afrenta.

Embisten unos por las calles, otros  
Asaltan las moradas indefensas,  
Y á través de los muros avanzando  
Destrozan, roban, matan, atropellan.

¿Quién dignamente relatar podría  
De sangre y de dolor tantas escenas?  
La Musa horrorizada las olvida,  
No bastan á la fama sus cien lenguas.

Hambrientas bandas de feroces lobos  
Que en poblados rediles se ensangrientan,  
Parecen los franceses recorriendo  
Con furor inaudito las viviendas:

Mas no con tal arrojo los mastines  
Defienden de su furia las ovejas  
Cual los patriotas en las mismas casas  
Corren al galo y sus agravios vengán.

Sálenles al encuentro tras los huecos  
Que abren en las paredes sus piquetas;  
Teatro es cada piso de un combate  
Que pavimento y gradas ensangrienta.

A los que altivos la ciudad invaden  
Inundando sus calles ¡cuán violenta  
Oposicion el paso les disputa!  
¡Cuán terribles obstáculos encuentran!

Ante ellos, con coraje defendidas,  
Improvisadas, débiles trincheras,  
Y de pesados búcaros y muebles  
Una lluvia bajando á sus cabezas.

Viejos, niños, mujeres los arrojan,  
La fé y el patriotismo les dan fuerzas:  
Leonas son al defender sus lares  
Las del hombre amorosas compañeras.

Intrépida Agustina, en cuyos hombros  
Resaltan merecidas charreteras;  
Casta, María, que en el fuego impávidas  
Exaltais la arrogancia aragonesa,

Y tú de Palafox deuda bizarra,  
Valerosa, magnífica Condesa  
Que formas en tu calle baterías  
A conservarlas ó á morir dispuesta,

Vosotras eclipsais con vuestra gloria  
Las célebres matronas de la Grecia,  
Y de las fabulosas amazonas  
El valor igualais, no la fiereza.

Como suele prender voraz incendio  
Y de furioso viento á la violencia  
Propagarse y crecer, amenazando  
La rica poblacion hacer pavesas,

Que, aunque los animosos moradores  
Por diferentes puntos lo contengan,  
Ruge imponente en otros y adelanta  
Tendiendo su inflamada cabellera,

Así por largo tiempo en Zaragoza  
La fortuna indecisa se presenta,  
Aquí avanzando y acullá cediendo  
La bárbara invasion en la contienda.

Mas cuando el sol entre doradas nubes  
Nuestro hemisferio sin sus rayos deja  
Y el crepúsculo pálido lo alumbrá  
Contínuo precursor de las tinieblas,

Desde el sublime cielo donde mora  
La Santa Virgen del Pilar, la excelsa  
Protectora inmortal de Zaragoza  
Que por sus hijos denodados vela,

Con ruego irresistible á sus deseos  
Inclina la divina Providencia  
Y la Victoria ante sus piés llamando  
Bajar al punto á su ciudad le ordena.

«Parte, le dice; de Aragon al pueblo  
»Siempre amiga mostraste tu presencia:  
»Tú á sus reyes seguiste, tú llevaste  
»Al Asia con orgullo sus banderas.»

Ella alegre sonrie, y descendiendo  
De Zaragoza el heroismo premia:  
Huye el francés como acosada tigre  
Que busca su refugio en honda cueva.

Aquellos orgullosos batallones,  
Favoritos mimados de la guerra,  
A cuyo esfuerzo la nacion hispana  
Pareció despreciable y fácil presa,

Hélos ya que cediendo horrorizados  
En confuso desórden se replegan  
Pisando de sus mismos compañeros  
Los exánimes cuerpos á su vuelta.

Zaragoza venció! Gritos de triunfo  
Vivas alegres el espacio llenan  
Y el pueblo victorioso marcha al templo  
Donde de Dios la Madre se venera.

Sobre él, entónces, á mortales ojos  
Hácese perceptible la severa  
Figura del espíritu terrible  
Que circula radiante luz intensa.

Y á la asombrada gente que lo mira  
Y en la espaciosa plaza se prosterna,  
Así dice: «Ya el término dichoso  
»Próximo está de vuestra heroica prueba.

»En vano el invasor nuevos asaltos  
»Para vengar su humillacion proyecta:  
»Rápido Palafox en vuestro auxilio  
»Con los refuerzos y convoyes llega.

»Ya le veo avanzar: el enemigo  
»Que burla con prudente estratagema  
»Tarde á su paso se opondrá: sus huestes  
»Llegarán entusiastas á las puertas.

»¡Oh cuán pronto, alejado el extranjero,  
»Recorreréis gozosos vuestra vega  
»Contemplando los sitios donde ahora  
»Sus baterías se hallan y sus tiendas!

»¡Benedicid al Señor cuando de rosas  
»Siembra el camino de la vida vuestra!  
»¡Benedicidlo tambien si la desgracia  
»Con dura mano en vuestras almas pesa!



»Él quiere que la noble Zaragoza  
»Ejemplo de heroísmo al mundo sea,  
»Orgullo de los pueblos oprimidos,  
»Y de ambiciosos invasores mengua!»

PABLO ORDÁS Y SABAU.



---

---

# ¡ARAGON!

---

ODA.

Al recordar tu poderoso aliento,  
Alzarán á tu gloria un monumento  
Con las tumbas de todos los tiranos.

B. LOPEZ GARCIA.

Pasad ya, turba inquieta  
De torpes desvaríos é ilusiones  
Que enloqueceis la mente del poeta!  
Dadme un instante de apacible calma,  
Quiméricos delirios y visiones  
Que la paz conturbasteis de mi alma,  
Y dejad que mi acento,  
Como águila caudal que vaga libre  
Por la region del viento,

En la alta esfera se difunda y vibrel...  
No es la belleza el númen que me inspira,  
Ni livianos amores,  
Mentido cielo, cuna de dolores,  
Dan asunto á los cantos de mi lira:  
Más levantado y puro sentimiento  
El corazon sublima con su llama.....  
Lánzate, fantasía,  
Y exhala el patriotismo que te inflama  
En férvidos torrentes de armonía!...  
Génio del tiempo, musa de la historia,  
Presta á mi voz tu entonacion robusta  
Para que aclame de Aragon la gloria!...  
Déjame que cual mago prodigioso  
Evoque las perdidas tradiciones  
Que ocultan el pasado tenebroso.....  
Que de mi voz al eco  
Apareciendo inmensos, colosales,  
Abandonen los siglos  
Sus lechos funerales!...  
Que la falanje de héroes gloriosa  
Sacuda el polvo de la tumba fria,  
Y, ceñida de aureola esplendorosa,  
Cubra la escelsa via  
Límite del pasado y del presentel...  
Que alcen su mole ingente,  
Transfiguradas, las sublimes ruinas  
De templos, catedrales, monumentos,  
En ciudades, montañas y colinas,  
Cual viva muestra de la fé y del artel...

¡Aragon! ¡Aragon! Surge altanero!  
Aun tengo inspiracion para cantarte.

.....  
.....

Como cubre la niebla vagorosa  
De catedral esbelta los perfiles  
Y en la sombra sepulta  
Sus contornos sutiles,  
Del tiempo la penumbra misteriosa  
Tu origen nos oculta;  
Mas ora pueble la campiña ibera  
Asiática colonia  
Nacida en la oriental cuna del mundo;  
Ora tribus de Arcadia y de Meonia  
Aporten á tu espléndida ribera  
En vértigo incesante,  
Siempre serás un pueblo sin segundo,  
A quien su aliento da raza jigante!

Ella vió indiferente  
Surcar altiva las soberbias olas  
Y aportar á las playas españolas  
A la Fenicia, reina del Oriente.  
Abrióle generosa su tesoro  
Y fueron á engrosar el de Sidonia  
Los mármoles ocultos  
De la preclara Iberia en las montañas

Y el ancho raudal de oro  
Que hervía palpitante en sus entrañas.  
Mas ¡ay! Si alguna vez aquellas turbas  
De ávidos comerciantes intentaron  
Coronar victoriosos sus bajeles  
Y á Iberia dominar, sólo lograron  
Un trofeo formarle de laureles.  
Testigos sean de eternal memoria  
La ambicion y soberbia de Cartago!...  
En esplosion de gloria  
Surgen las sombras de Betel y Tago,  
Y, llenas de pavor las libías flotas,  
Ven de Amilcar y Asdrúbal las derrotas!  
Del águila romana las legiones  
Huellan el suelo pátrio, y su arrogancia  
Un valladar encuentra inespugnable  
En las ruinas de Astapa y de Numancia:  
Tan ilustres campeones  
Fraternizan al fin con los iberos  
Que avaloran la gloria  
Que de su aliada la sien circunda,  
En Farsalia alcanzando la victoria  
Y como bravos feneciendo en Munda.

Cual, al caer la tarde, noche umbría  
Cubre el órbe, la púrpura romana  
Al mundo entre sus pliegues envolvía;  
Mas de la fé cristiana  
Tremola el estandarte;

Cristo al hombre en el Gólgota redime,  
Y es Aragon emporio y baluarte  
De religion más pura y más sublime.

De paz y de consuelo por fin brilla

La aurora suspirada,

Y desciende la Virgen sin manchilla

Del Ebro á la region privilegiada.

Cual roca á cuyos piés el Oceano

En espumas deshecho se quebranta,

El *Pilar* soberano

Do la madre de Dios fijó su planta,

De los siglos venciendo la carrera,

Dicha y grandeza augura

A la region Ibera.

De mártires legiones numerosas

Arrostran por su fé bárbara muerte,

Que en milicias gloriosas

De más alta morada los convierte.

Luego se escucha fragoroso estruendo

Y, con pujante brio

Del Septentrion las tribus descendiendo

Desde el Pirene frio,

Convierten los verjeles en eriales

Conturbando del Ebro los cristales.

Y despues, cual torrente desbordado,

El árabe acomete

Y logra esclavizar la hispana tierra

En la márgen del turbio Guadalete.

Mas de Sobrarbe en la revuelta sierra

Arista se levanta:



Es su grito de guerra  
Libertad sacrosanta,  
Y en el Uruel, en Pano y en Ainsa  
Su bandera de triunfo osado planta.

Y á poco..... mas en vano  
Tus timbres numerar intentaria,  
Del heroismo emporio soberano,  
Cuna de la hidalguía!  
Imágenes de gloria y altos hechos  
Trae á la mente mia  
De los siglos la rápida corriente.  
Ya altiva y esplendente  
Salduba se presenta  
Con sus galas, festines y torneos  
Del fastuoso Walí córte opulenta;  
O ya como trofeos  
Muestra los estandartes  
Que en Huesca y Alcoráz dieron al viento  
Los árabes baluartes:  
Ora cubierto de lucientes mallas  
Brilla el primer Alfonso  
Que por victorias cuenta las batallas:  
Y ora por fin la mente  
Evoca la gloriosa correría  
Que á los confines últimos de Oriente  
Juntos hicieron barras y leones,  
En la falda del Tauro y en la Grecia  
Invictos tremolando sus pendones.

Quando Castilla y Aragon potentes  
Unieron sus coronas,  
De sus tres valerosas carabelas  
Henchirse vió Colon las pardas lonas  
Y tenderse las velas  
Por incógnitas zonas.  
Vedle burlar peligros, tempestades,  
Del huracan el hálito iracundo.....  
Lucha tenaz, y al fin ofrecer logra  
A la preclara Iberia un nuevo mundo!  
Árbitro soberano de todos los bajeles  
Que surcaban doquier el Oceano,  
Dilató en paz y en guerra  
Sus timbres singulares,  
Dando asombro á la tierra  
Y admiracion al génio de los mares.  
Naciones, pueblos, reyes,  
Hundieron en el polvo las cabezas  
Ante el código santo de sus leyes  
Y ante el ara triunfal de sus grandezas.

De la desgracia el hálito iracundo  
No abatió la altivez de los que fueron  
Dignos quizás de dominar el mundo:  
Sus fueros proclamaron  
Y audaces arrostraron  
Del destino las fieras tempestades,  
Para poner á flote  
Sus pátrias y queridas libertades.

De tal idea á la memoria sola  
Los ecos de los siglos aun se agitan,  
Y en sus mudos sarcófagos palpitan  
Las sombras de Lanuza y Argensola.  
¡Aragon! ¡Aragon! Tu gloria cante  
El ibérico vate con laud de oro,  
Y hasta el celeste coro  
Himno entusiasta y férvido levantel.....  
Tú eclipsaste la gloria del guerrero,  
Para cuya ambicion fué el orbe escaso,  
Y, haciendo menosprecio de tu vida,  
Humillaste altanero  
Al águila imperial nunca vencida!...  
Doquier la vista con asombro fijo,  
¡Ornamento de España!  
Un nombre ilustre veo,  
O registro una hazaña,  
O aureola luciente  
Veo en torno brillar de tu alba frente,  
Pues de Luzan, de Goya y de Argensola  
La pluma ó los pinceles  
Ganaron á Aragon nuevos laureles.

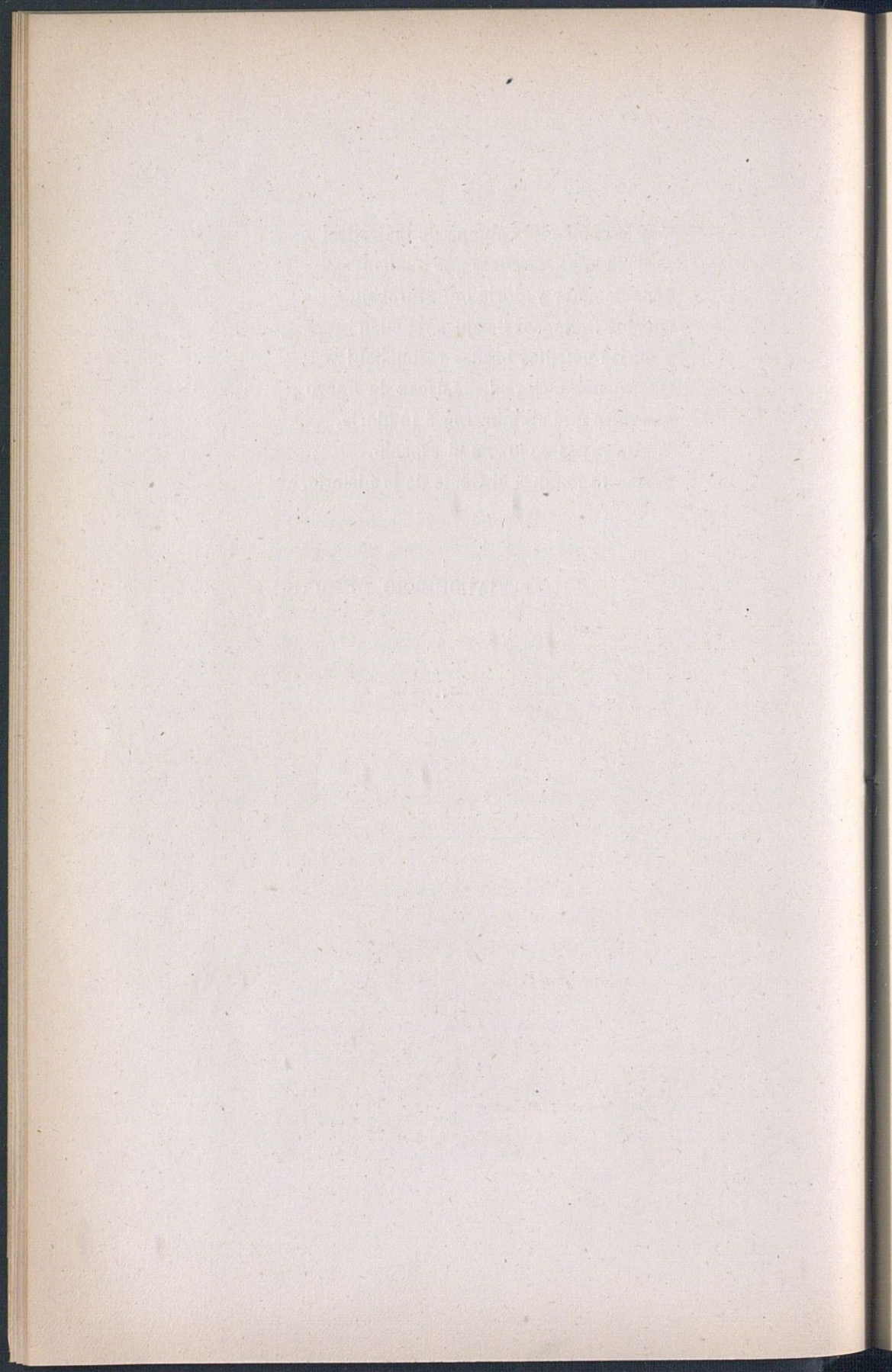
Recuerdo de mis íberas montañas,  
Nunca te perderé, mientras posean  
Un átomo de vida mis entrañas!...  
Sé siempre tú la musa que me inspire  
Y el bálsamo que acalles  
Del corazon doliente las angustias



Con la espléndida pompa de tus valles!...  
¡Ay! En ellos las auras que gemían  
Ecos de amor y gloria murmuraban,  
Que los frondosos bosques repetían  
Y en las potentes breñas resonaban!  
Que suenen otra vez!... Luzcan de nuevo  
Los soles que alumbraron á tu gloria,  
Y, con rayos de luz en el espacio,  
Forme tu nombre el Génio de la historia.

BALDOMERO MEDIANO.

---



---

---

LAS GLORIAS Y LAS EXCELSITUDES  
DE  
NUESTRA SEÑORA DEL PILAR

---

*Perstat adhuc.*

**PARTE PRIMERA.**

Con signos de oro en el velado arcano  
De la inmutable Providencia, escrito  
Estaba que el Pilar zaragozano  
Siglos de siglos mil fuese bendito,  
Y se cumple el destino soberano.  
¡Divina inspiracion de mi fé pura  
Que del polvo mi espíritu levantas,  
Y en tus alas espléndidas la subes  
A la eterna mansion de los Querubes!  
Tú, y no la musa de Helicon impura,  
Tú á mi lira darás las glorias santas  
Cantár de aquella escelsa maravilla,

De Iberia honor, admiracion del mundo;  
Que ya de gozo angelical me inundo,  
Pues en mi mente reflejando, brilla  
La luz que iluminó la santa escena,  
Pues en mi amante corazon resuena  
El eco de las arpas celestiales  
Que hicieron suspender á Ebro famoso  
El resbalar sonante y majestoso  
De sus dorados líquidos cristales.

Érase noche del Enero helado:  
Con siete humildes fieles hinojado  
Velaba Yago y á Salem los ojos  
Cabe el Ebro en Augusta dirigia  
Por el camino de ásperos abrojos  
Que su paciencia santa hollado habia:  
«¡Oh Reina celestial, oh Vírgen pura  
Y Madre de amargura!  
Aurora bonancible de consuelo  
A quien tambien aun aflige el cielo;  
Tórtola hoy, Viuda en Palestino valle,  
Haz que á tu amante proteccion yo deba,  
Que anunciando mi voz la buena nueva  
Eco mas dulce en los infieles halle.»  
Dijo: y al pecho triste el cielo vierte  
De esperanza balsámico rocío;  
El mústio corazon, antes inerte,  
Lleno latió de prepotente brio:  
Todo su sér se estremeció tal fuerte  
Viva emocion sintiendo,

Cual si grato Jesús se apercibiera,  
Del cielo entre fulgores descendiendo  
A mostrarse en la ibérica ribera  
La gloria del Tabor reproduciendo.

Rásgase el velo de la noche umbría:  
Corónanse de luz los altos montes;  
Y en tanto que á inmediatos horizontes  
Manto brumoso dá la niebla fría,  
Del Ebro la hermosísima campaña  
Con tintas de oro y nácar se colora:  
Mar de fulgor purísimo la baña  
Y es el fulgor que en el Empíreo dora  
La altísima montaña,  
Do el Dios de Sabaot su trono asienta.  
Aroma celestial el aura espira  
Que de gloria el espíritu alimenta.  
Vibra el eco miríficos sonidos  
Que no basta á imitar humana lira,  
Que no los despidió jamás iguales  
Del Santo Rey el arpa enamorada;  
Ni cuando en honra de Jehová templada  
Canto del Cristo la inmortal victoria  
Y su triunfal esplendorosa entrada  
Por las eternas puertas de la Gloria.

Ya arrebolando el claro firmamento  
Nube de oro y carmin las auras hiende,  
Que suave resbalando en curso lento,  
Hácia Jacobo atónito desciende.



Del seno de la nube fulgorosa  
Derrámase la luz maravillosa  
Que la ribera plácida ilumina;  
Exhálase el aroma que la encanta,  
Se extiende pura la armonía santa  
Cuyo divino hechizo Ebro admirando  
Para un momento sus bullentes olas;  
Y luego rompe con murmurio blando  
Por la hermosa ribera publicando  
La gloria de las glorias españolas.  
Ya mas clara y distinta  
Ante el Apóstol fiel grata se pinta  
La inaudita y mas próspera ventura  
Que al triste suelo dió la excelsa altura.  
Honor por pueblo alguno merecido  
Y á Iberia concedido.  
Obra santa de artistas celestiales,  
Entre coros Seráficos relumbra  
La más preciada Imágen de María;  
Puesto sobre sus manos virginales  
A Jesús, tierno infante se columbra,  
Que ledó posa en el materno seno,  
Mostrando á los mortales  
Dónde está la purísima fontana,  
Dónde el venero límpido que lleno  
De eterna vida entre delicias mana.  
Y digna base al monumento sacro  
En otro coro Angélico aparece  
La columna inmortal que nombre ofrece  
De María al divino simulacro.

Duda el Apóstol Santo  
Si artificioso encanto  
Seduces su exaltada fantasía;  
Mas súbito irradiando álbos destellos  
Vió en el coro de Arcángeles mas bellos  
Vió á la pura sin par Virgen María,  
Que en su vesta oriental aparecía  
Mas pura y mas gentil que todos ellos.  
Era la misma cándida Señora  
Al trono de los Orbes elevada,  
Y del Orbe terrestre aun moradora;  
Divina, celestial Co-Redentora,  
Y cual sierva ante Dios siempre hinojada.  
Era el mismo dulcísimo semblante  
Que todo gracia y majestad inspira,  
Y era su misma voz edificante  
Que eterno gozo al que la siente inspira.  
«¡Hijo miol esclamó con blando acento  
Mas grato que los célicos sonidos  
Que herian la region del vago viento;  
«Honor al Dios del alto Firmamento  
Que ampara á los humildes afligidos.»  
¡Honor enamorados serafines—  
Honor—claman á Dios y á tí, Oh María!  
Rosa de oro en los cándidos jardines  
De la Gracia eternal!» La luz en tanto  
Mas pura de la nube se desprende  
Y el coro alado su bendito canto  
Y la divina música suspende.  
El aura vagarosa



Pliega sus leves alas silenciosa  
Y la ribera lúcida y galana  
Muda escucha á su Reina soberana.  
«Hijo mio: las lágrimas que viertes  
Sobre este hermoso suelo,  
Óleo santo son; tú le conviertes  
En sacro asilo de oracion; el Cielo  
Quiere que aquí levantes  
Humilde templo que la edad futura  
Trasformará en basílica famosa,  
De los templos el Alfa y el Omego  
En nuestra Ley de gracia venturosa.  
Cultos aquí incesantes  
Rendirá al Creador la criatura  
Postrada ante esa Imágen prodigiosa  
Signo de redencion dó se vé unida  
Al Dios que en el Siná fulminó el rayo  
La tierna esclava en Nazaret nacida.  
No en lánguido desmayo  
Tu espíritu se aflija y desconsuele  
Porque insensible á la piedad repéle  
El pueblo la Santísima doctrina.  
Esa fuerte columna, base santa  
De la radiosa Imágen peregrina,  
Es símbolo tambien de inquebrantable  
Firmeza diamantina,  
Que Augusta mostrará culto rindiendo  
A la Ley de Jesús crucificado;  
La vida ante sus aras ofreciendo;  
El tiempo pasará: con ruda planta



Siglos y siglos hundirá implacable;  
Mas no la efigie ni el Pilar sagrado;  
Ni extinguirá tu fé, no Augusta mia,  
Pues yo te colmaré de bendiciones  
En tanto que á dar vida á las naciones  
Surja en Oriente el luminar del dia.»  
Cesó la voz con su divino encanto  
Mundos y Cielos en éxtasi suspende,  
Y ya á la tierra el Simulacro Santo  
En manos de los Angeles descende.  
Ya de eternal Carmelo  
A la márgen del Ebro deliciosa  
Fué trasplantada por favor del Cielo  
La flor mas primorosa.  
Ya en la Columna veneranda enhiesta  
Muestra su Imágen su beldad divina:  
Rompe en himnos de amor la escelsa orquesta:  
Todo el alado ejército se inclina  
Y á su amante y magnífica Señora  
En la efigie inmortal sumiso adora  
Cantando esta balada peregrina:  
«Dios te salve, sagrada María,  
Luz de Augusta y su gala sin par;  
Cielo y tierra te dan á porfia  
Tierno culto en el Santo Pilar.»

«Tu seráfico Templo Augustano  
Reflejando tu escelso poder  
De los templos del orbe cristiano  
El primero y postrero ha de ser.»

«Ante tí en el girar de los siglos  
Mónstruos mil de impiedad surgirán;  
Ante tí por la Fé los vestiglos  
Al Averno lanzados serán.»

«Nueva Escala del nuevo Jacobo,  
Santifica este nuevo Betél;  
Y haz que todas naciones del globo  
Sus amores te canten en él.»

«Gloria, honor y laureles y palmas  
A la gloria del Cielo eternal,  
Que á salvar las ibéricas almas  
De Salem vino en carne mortal.»

«Cuando anuncie del mundo la ruina  
Ronca trompa de horrendo fragor,  
Aun radiosa la imágen divina  
Verterá en el Pilar su esplendor.»

«Dios te Salve, purísima aurora,  
Luz de Augusta y su gala sin par;  
Cielo y tierra te adoren, Señora,  
Elevada en el Santo Pilar.»

Cual transparentes nacaradas brumas  
Que de sereno lago se levantan,  
Y aves se fingen de vistosas plumas  
Que á los rayos de Febo se brillantan,  
Así tendiendo el luminoso vuelo

Los Ángeles se elevan al espacio,  
Do en nube de carmin y áureo topacio  
Pura en carne mortal posa María  
El sólio que radiante se mecía  
Tal tesoro de gracia sosteniendo,  
De espíritus alados se rodea,  
Y al punto nuevos himnos repitiendo  
Se vé el cortéjo místico moviendo  
Su rumbo hácia la mísera Judea.  
Jacobó, tras la nube voladora,  
Siente que se le va su alma, su vida,  
Y la inmortal Señora  
En dulce despedida,  
Tendió su diestra hácia su siervo amante.  
Cual tierna Madre sonrió clemente,  
Brilló en sus ojos gracia edificante,  
Y en medio de la nube resplendente  
Despareció. Las célicas Milicias  
Cantando sus grandezas se alejaron;  
Suavísimos consuelos y delicias  
De Yago el alma santa regalaron;  
En tanto que flamígera en el viento  
Guerrero celestial blandió su espada  
Y una voz escuchóse resonando  
Del alto Firmamento,  
A su diestra del santo monumento  
La defensa eternal encomendando.

PARTE SEGUNDA.

¿Qué mole de infinita pesadumbre  
Sobre ancha base al cielo se levanta,  
Cuya grandeza ledo resonando  
Ebro á sus piés enamorado canta?  
Sacra mansion, piadosa muchedumbre  
Llega á sus altas puertas revelando  
El ansia mas bendita, los semblantes  
Por humillar las generosas frentes  
So el vuelo de las bóvedas gigantes.  
¡Oh! penetrad! Rientes  
Las auras del placer en torno vagan  
Del corazon tranquilo?  
Pues mil goces habreis que el alma halagan  
Al visitar el sacrosanto asilo.  
Se abate al bajo suelo  
Transido en ayes vuestro pecho triste?  
Vereis ahí templando el fiero duelo  
De que dulce esperanza se reviste.  
Oh, penetrad los huecos  
Del templo que á las nubes se dilata.  
Retiemblan á los ecos  
De alabanzas de Dios y de María;  
María del Pilar, ¡oh voz mas grata  
Que la mas hechicera melodía!

Nombre de eterna esplendorosa historia  
Que á veinte siglos dá celeste gloria.  
¡María del Pilar! ¿Dó el bajo techo  
Sobre toscos adobes levantado?  
Dó el santo asilo está pobre y estrecho  
Por Yago y sus creyentes fabricado?  
Le hundió bajo su planta  
Ministro de un Neron, Servio, Sulpicio?  
Fué por el vil Daciano  
Mónstruo feroz cuyo recuerdo espanta  
Destrozado en el hórrido ejercicio  
De su furor pagano?  
¡Jamás Dios permitiera  
Que un sangriento Jordan la Iberia impura  
Del corazón de Augusta correr viera  
Sumiendo del martirio en los horrores  
Altas princesas, tristes aradores!  
No empero aquella luz que en la conciencia  
De innumerables mártires brillaba,  
Cual ellos resignaba,  
En brazos de la muerte su existencia,  
Esa luz eras Tú Divina Aurora.  
Y campeón celestial ahí te escudára  
Lanzando de su espada vibradora  
Destellos fulgurantes,  
El Ángel del Señor por tí velára;  
Y ora elevada en mísero aposento  
O en sagrado de pórvido y brillantes,  
El Ángel del Señor en toda hora  
Será del mundo hasta el postrer momento



Rayo de asolacion á la altiveza  
Que osára el ampo ajar de tu belleza.  
Así impotentes contra tí pasaron  
Los que culto á los ídolos rindieron;  
Los que en Mahoma estúpidos creyeron,  
Y todos hasta el fin te respetaron.  
En tanto la piedad al breve templo  
Los límites estiende.  
Dilatarse una vez y otra contemplo  
La mole colosal que al Cielo asciende  
Y acrecese aun el templo y se devora  
Del arte los primores agotando,  
Y mil y mil riquezas atesora;  
Y bélicas banderas ostentando  
Reina inmortal la angelical capilla  
Erigise en piadosa maravilla  
Y monumento fiel de épica historia  
Que es á Tí y á Aragon á un tiempo mismo.  
Tabernáculo escelso de tu gloria  
Pabellon de su honor y su heroismo.  
¡Oh glorias de Aragon! Rauda la mente  
Avánzase del arte á los jarales  
Suspéndese en el Pano;  
Y abarcando el pasado y lo presente  
De Uruel hasta las Eras inmortales  
Alto monte no vé ni estenso llano  
Que no cante las ínclitas hazañas  
Del invencible Aragonés guerrero,  
Por valles memorando y por montañas  
de Ainsa, la Cruz y de Sobrarbe el fuero.

Fé y libertad. ¡Ah! ¿Quién, quién fué el primero  
Númen santo de amor que en esta tierra  
Convirtió á los estúpidos esclavos  
En séres de alto honor, soldados bravos  
Atletas de la fé, rayos de guerra?  
María del Pilar ¡Virgen bendita!  
María fué la invicta Soberana  
De tantos héroes cuya gloria escita  
La admiracion humana.  
¿Y no fué Ella la escelsa capitana  
Que viendo al Corso audaz que arrebatado  
De España el corazon raja y destroza,  
Inspiró á un pueblo inerme abandonado  
La defensa inmortal de Zaragoza?  
¡Oh libertad! ¡Oh fé! ¡Oh fé en María!  
¡Oh Reina del Pilar! Quien en Tí crea  
Cumplidos siempre sus afanes vea  
Y lóete, Señora, noche y dia.  
Alza tu frente de la tumba fria,  
Dichoso Pellicer! ¡Oh, mas felice  
Que serlo imaginaste!  
A excelso fin de sin igual ventura  
Tu cuna pobre se meció en el suelo,  
Y premiando en tu fé la fé mas pura  
Mostró en María su bondad el cielo.  
«¡Oh Virgen, esclamaba! ¡Oh Madre mia!  
Yo tengo en Tí esa fé que arrancaria  
Un alto monte de su eterna base,  
Y á otro lado su mole empujaria;  
Mi pura fé de tu columna se ase,

Y á Tí cien y cien veces me encomiendo,  
La estensa cicatriz de herida impía  
En óleo de tus lámparas ungiendo.»  
Y la madre y el hijo sollozando  
Rezaron mucho mucho en tal vigilia,  
Y al fin movida de su llanto acerbo  
La Virgen del Pilar, premió en su siervo  
La fé de aquella mísera familia.

¡Oh madre amorosa, de tristes consuelo,  
De pechos felices placer sin igual!  
Mil veces bendita la hora en que al suelo  
De Augusta dió gloria tu faz celestial.

Divino en la tierra lucero Augustano  
Que en brillo perenne relumbras ahí;  
De todos los senos del orbe cristiano  
Piadosas miradas se elevan á Tí.  
Rendidos te ofrecen el génio sus alas,  
La ciencia su antorcha de claro fulgor.  
La gloria sus triunfos, el arte sus galas,  
El vate su númen, el héroe su honor.  
Los tiernos esposos, amor sacrosanto,  
Los padres, el hijo que dado les fué,  
La paz los felices, los tristes su llanto,  
Sus joyas los ricos, los pobres su fè.

En mísero valle de lágrimas dando  
Al viento suspiros de acerbo dolor,



A Tí nos volvemos gimiendo y llorando,  
A Tí dirigimos ferviente clamor.

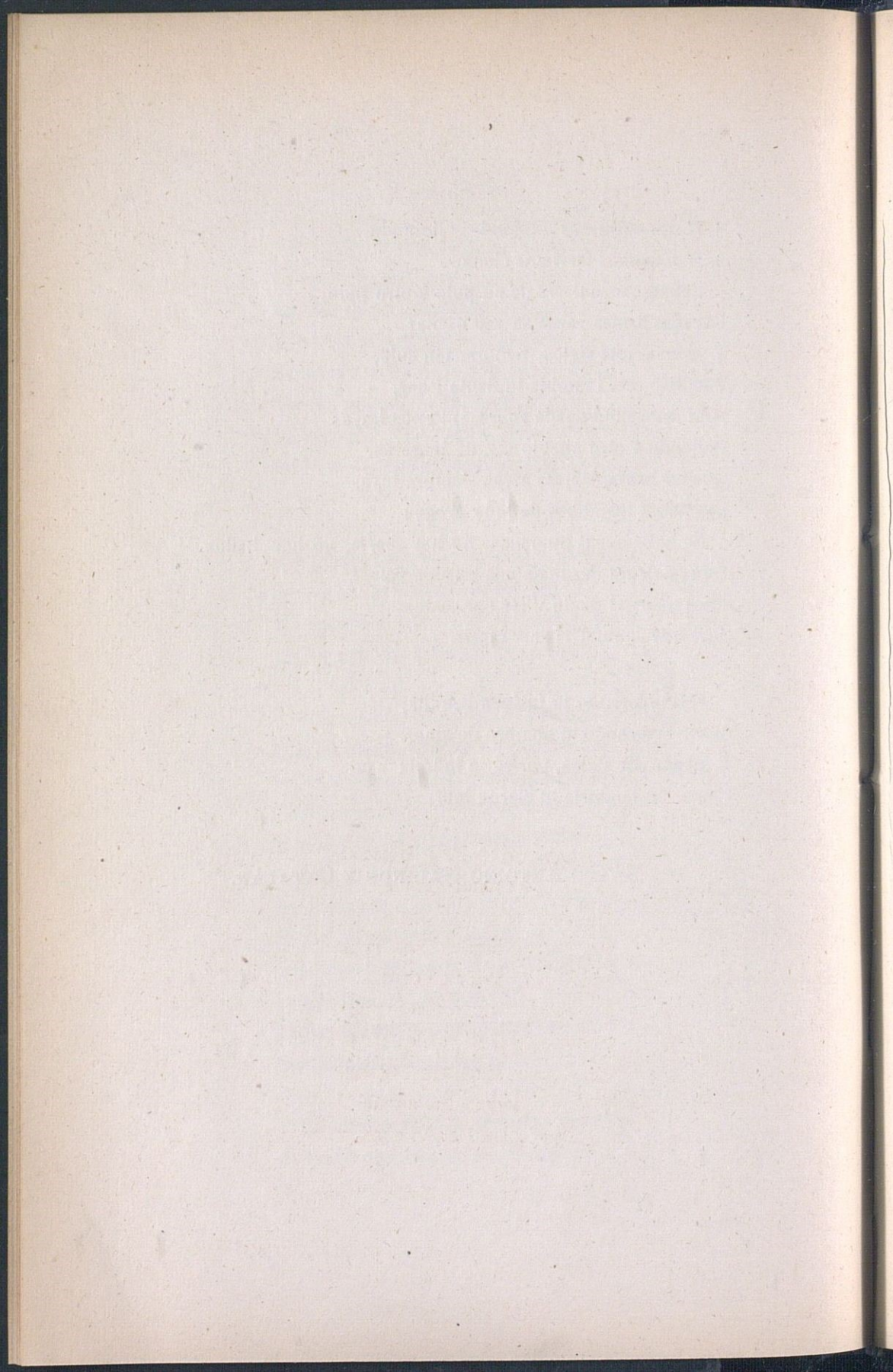
Retiembla la tierra de un polo á otro polo,  
Las mas firmes rocas se ven oscilar,  
Y ya en veinte siglos, Señora, tan solo,  
Tan solo está inmoble tu Santo Pilar.  
¡Oh! Nunca indignada sobre él te nos huyas  
Pidiendo á otro pueblo mayor devocion,  
Que en brava firmeza serán siempre tuyas  
Las vidas, las almas de todo Aragon.

No hay fuerzas humanas, no hay suerte, no hay hados,  
Que en negra desdicha nos puedan sumir,  
Pues todos al Santo Pilar abrazados  
Juramos contigo vivir y morir.

Vivir adorando tu imágen bendita,  
Morir invocando tu nombre de amor,  
Y luego, por siglos, por série infinita  
Cantar en la gloria tu eterno loor.

MARCO ANTONIO GALINDO Y CATALÁN.

---



---

---

# ¡ARAGON!

---

*Urbium autem mediterraneis in Tarraconensi clarissimam Cæsaraugustam, etc.*

BLANCAS.

(Aragonensium rerum comentarii.)

## I

**¡Aragon!** ¡Quién arrogante  
Sintiera el númen divino  
Que, con esto peregrino,  
Encendió á Homero y al Dante!  
¡Quién de tu gloria jigante,  
Sin que el débil sistro rompa,  
Pudiera cantar la pompa!  
¡Mas quién vence empresa tal,  
Si ante tu nombre inmortal  
Rompe la Fama su trompa!

II

Desde que tu nombre santo  
Dentro de la tierra vive,  
Cuando la Historia lo escribe  
Llena los siglos de espanto:  
Por eso, cuando te canto,  
Cuando tu grandeza nombro,  
Siento cuán flaco es el hombro  
A pesadumbre tamaña;  
Que es cada paso una hazaña,  
Y cada hazaña un asombro.

III

Perdidos pátria y hogar,  
Nuevos lares y moradas  
Nuestros padres, á lanzadas,  
Tuvieron que conquistar:  
Y sin punto de vagar  
En su empresa meritoria,  
Puesto su norte en la gloria,  
Contra la hueste moruna,  
Domeñaron la fortuna,  
Fatigando á la victoria.

IV

Que en este país egregio,  
Por designios diferentes,  
Tienen sus hijos valientes  
De virtudes privilegio:  
Y es infame sacrilegio  
La flaqueza ó el temor,  
Que, con generoso ardor,  
Late en cada pecho heróico  
El de un espartano estóico  
O un romano triunfador.

V

Hablen por mí cada risco,  
Cada valle, cada monte,  
Cuanto abarca el horizonte  
O alumbra del sol el disco;  
Y hable ese pendon morisco,  
Que en acometer se goza,  
Y á quien desgarrar y destroza  
Con denuedo pertinaz,  
En Jaca y en Alcoráz,  
En Tudela y Zaragoza.

VI

Pero ante grandeza tanta,  
Ante denuedo tamaño,  
De la pátria el aledaño  
El aragonés quebranta,  
Y, con atrevida planta,  
Buscando riesgo mayor  
En el revuelto fragor  
De la embravecida guerra,  
De Leónidas la tierra  
Admiró á Roger de Flor.

VII

Aun hoy, en tierras lejanas,  
De los mares á través,  
Recuerda el nombre francés  
*Las Vísperas sicilianas:*  
Y con las naos, que ufanas  
En una y otra funcion,  
Dueñas y señoras son  
Desde el Táuro hasta el Atlante,  
No hay playa donde no plante  
Sus pendones ARAGON.

VIII

Pero esta nacion audaz,  
Que con sus armas aterra,  
Si Alejandros en la guerra,  
Cuenta Numas en la paz:  
Aquí, del soldado en faz,  
Sin menoscabo ni insulto,  
Que pueda quedar inulto,  
Guarda la ley su franquicia,  
Que en ARAGON la Justicia  
Tiene á par de Dios su culto.

IX

Aquí, cada cual ufano,  
Sabe ser, con pecho entero,  
Para el combate guerrero,  
Para la paz ciudadano:  
Nadie tolera al tirano,  
Sea plebe ó sea rey,  
Porque del pueblo la grey  
Busca, sin temor ni ardid,  
La independenciam en la lid,  
La libertad en la ley.

X

La toga del magistrado,  
Justo, prudente y discreto,  
No infunde menos respeto  
Que la malla del soldado;  
Y á par de Roma ha legado  
Glorias, del tiempo á través,  
Nuestro foro aragonés,  
Y lo atestiguan así  
Canellas y Bardaxí,  
Del Molino y Portolés.

XI

De sus leyes paladion,  
No menos santo y robusto,  
Es el tribunal augusto  
Del Justicia de Aragon:  
Allí, contra la pasion,  
El cohecho ó el desman,  
Rectos veredictos dan,  
Que la justicia blasona,  
Un Lanuza, un Artasona,  
Y un Jimenez de Cerdan.



XII

El valor, el ardimiento,  
La constancia en las empresas,  
En almas aragonesas  
Tienen, de juro, su asiento:  
Así, con igual aliento,  
Si por rico galardón  
Un mundo trajo Colón,  
Enviáronle por él,  
En Castilla una Isabel  
Y un Fernando en ARAGON.

XIII

¡Bendita tierra, bendita!  
Vergel cubierto de flores,  
Boscaje de ruiseñores  
De amenidad infinita;  
Nada tu primor limita,  
Ni puede darte recelo,  
Pues, aun al dorar tu suelo  
Con esplendente árrebol,  
Parece mas claro el sol  
Y mas brillante tu cielo.

XIV

No hay regiones peregrinas  
Que estén de igualar seguras,  
La pompa de tus llanuras  
Ni el verdor de tus colinas:  
Surcan fuentes cristalinas  
Entre murtas y cipreses,  
Y allá en los estivos meses,  
Emulan montes y llanos,  
Viñedos napolitanos  
Y siracusanas mieses.

XV

Surca el Ebro rumoroso  
Húmedo lecho de arenas,  
Siendo holocausto sus venas  
De tanto vergel frondoso,  
Sin que hoy olvide orgulloso,  
En su lento caminar,  
Que hubo otro tiempo sin par  
En que á gloriosas empresas  
Las naves aragonesas  
Altivo condujo al mar.

XVI

Cabe su serena orilla,  
Que embalsaman gayas flores,  
La fé de nuestros mayores  
Se ostentó pura y sencilla,  
Y en suntuosa maravilla,  
Que alzaron en grata union  
El Arte y la Religion,  
Cien y cien generaciones  
En dichas y en aficciones  
Confundieron su oracion.

XVII

¡Fél preciosísima esencia  
Que, con misterio no escaso,  
Como en sacrosanto vaso  
Guarda el hombre en su concienzial  
¡Fél que das mas evidencia  
Que si hecho palpable fueses,  
Y ni en glorias ni en reveses  
Jamás tu vigor se trunca,  
No dejes huérfanos nunca  
Los pechos aragoneses!

XVIII

Tú, con sacrosanta llama  
Alumbrando su camino,  
Eres el númen divino  
Que los mueve y los inflama:  
¡Feliz pueblo el que te aclama  
Sin cejar ni sucumbir!  
¡Dichoso cuando al vivir  
Fé tuvo en su antigua gente,  
Fé le anima en lo presente,  
Fé tiene en lo porvenir!

XIX

Por eso, por su constancia,  
Por su proverbial teson,  
Que es virtud que en ARAGON  
Se ostenta con arrogancia,  
Rotas y humilladas Francia  
En uno y otro revés  
Sus águilas vió despues,  
Y, haciendo al mundo temblar,  
Aquí se vino á estrellar  
Aquel coloso francés.

XX

Ante esas tapias de arena  
Fueron mustios oropeles  
Los orgullosos laureles  
De Austerlitz, Marengo y Jena,  
Y si almena tras almena  
Hoy se vió á Francia caer,  
De otro gigante al poder  
Que la rinde y la destroza,  
A vencerla en Zaragoza  
Fué bastante una mujer.



XXI

Musa, cese ya tu canto,  
Porque no hay voz arrogante  
Que tan altas glorias cante,  
Ni pregone esfuerzo tanto:  
Basta con el nombre santo  
De tan insigne Nacion  
A colmar la admiracion;  
Pues cuanto grande se encierra  
Sobre la anchurosa tierra  
En tí se cifra ¡ARAGON!

JULIO MONREAL.



---

---

Á MARÍA SANTÍSIMA DEL PILAR.

---

ODA.

*Tu, salus nostra!*

Tranquila noche! Deleitosa calma!  
Apenas si el latido  
Suenan del corazón dentro del alma.  
Solo un manso ruido,  
Sonoro, grave, de perenne acento,  
Se oye á la par del suspirar del viento.  
Es del ondoso río la corriente  
Do se mira de Augusta el leve muro,  
Que una vez y otra vez el brazo duro  
Rompió al conquistador fiero, insolente.

Entonce avaras de enemiga sangre,  
Turbias y rojas hácia el mar llevaban  
Sus aguas, de cadáveres hendidas,  
Las destrozadas armas homicidas.  
Entonces resonaban  
Sus ondas con los ayes lastimeros  
De la víctima opresa, y del verdugo  
Con los rugidos de venganza fieros.  
Mas hora no; que placentera y grata,  
La blanca diosa de la noche umbría  
En su claro raudal limpia retrata.  
Los usados despojos  
Del cano invierno en el cristal ondean;  
Que no vuelve otro son que el de las auras  
Que en los desnudos ramos juguetea.  
En tanto, allá en la orilla,  
Turba la paz, que al rededor sus alas  
Bate, ostentando de su albor las galas,  
La voz de una plegaria,  
Que en invisible vuelo,  
Sube ardorosa al compasivo cielo  
Desde el fondo de una alma solitaria.  
Es el Apóstol santo,  
De la dichosa nueva mensagero;  
Es aquel que primero  
La vida rescató de nuestra España  
Contra el averno y su tremenda saña.  
«¡Oh Virgen! (tal decia,  
Convirtiendo sus ojos á María).  
No permitais, Señora,



Que esta nacion, que lastimada llora  
En medio de las sombras del pecado  
Y de la muerte, con acerba pena  
Arrastre de Satan la vil cadena.  
Oid ¡oh Madre! mi ferviente ruego:  
Haced que, amando la divina idea,  
Cada pecho español al punto sea  
Templo abrasado en sacrosanto fuego.»

Dijo: y, con suave giro,  
Posó en su sien esplendorosa y bella  
El sueño bienhechor la blanda mano:  
Y dulce y vago y celestial suspiro  
En pos despierta los dormidos ecos  
De la enramada en los quebrados huecos.

Súbito cede el murmurar del viento;  
Su son amenguan las torcidas ondas;  
Recoge el aura su aromoso aliento,  
Y del ave nocturna, entre las blondas  
Aéreas, fenece el temeroso acento.  
En tanto de la luna los fulgores  
Apagándose van: el campo toma  
Un desusado aroma,  
Y toman á la par vida y colores  
Las encogidas moribundas flores.

Es que allá en lontananza,  
De sus arpas la eterna melodía  
El almo coro hácia la tierra envía:  
Es que sus brillos lanza,  
Rasgando leda el tachonado velo,  
La lumbre que los ojos celestiales

Ofusca con sus vívidos raudales.

Dichosa claridad, del propio seno  
Del que engendró los soles derramada!  
Mil veces bienhadada,  
Tú que á anunciarnos llegas la fortuna  
De esta ciudad, dó se meció mi cuna!  
¿Qué traes, luz bendita?  
¿No ves que el casto, regalado sueño  
Turba del buen Apóstol tu visita?  
Por tí ya la inquietud presta le acosa;  
Por tí se azora, y al caer de hinojos,  
Sin duda que por tí tambien rebosa  
Gozo en su corazon, llanto en sus ojos.

Muda la lengua, la mirada fija,  
Entre gozoso y pavorido, lejos  
Vé de inflamada nube los reflejos;  
Y revolando en la divina lumbre,  
Aurea muchedumbre  
De alados querubines  
Volar junto del Ebro á los confines.  
Himnos modulan de inefable encanto;  
Y entre el incienso que oloroso humea  
En los pebetes de diamante y oro,  
Un Pilar milagroso, sacrosanto,  
En brazos vá del encendido coro.

Coronando la espléndida hermosura  
Del concierto divino,  
Albo fulgor, aroma peregrino  
Viene esparciendo la inmortal Estrella  
Y amor sembrando en la dorada huella.

Alzad ¡oh tristes! los dolientes ojos:  
La Reina de los cielos y Señora  
Alegra de su luz con los despojos  
El negro albergue donde el llanto mora.

El ala de zafiros y esmeralda  
Plegó ya el serafin en blando giro  
Sobre la bella espalda:  
Exhala el viento su postrer suspiro,  
Y en la presencia del luciente coro  
Suspende el agua el retozar sonoro.  
Toca el *Pilar* en la feliz orilla  
Donde Santiago recogido yace.

La Virgen sin mancilla  
Posa la excelsa inmaculada planta  
En la columna que su amor levanta  
A la eterna memoria  
De esta sublime, religiosa historia.  
«¡Oh inesperado bien! clama el Apóstol,  
¡Oh dicha imponderable!...» Mas el gozo  
Ahogó su voz y le arrancó un sollozo.  
Entonces inclinando  
Con sonrisa la faz clara, serena,  
La Esposa del Señor, de gracias llena,  
«Aquí, dice al Apóstol, su morada  
Pone mi corazón: álzale un templo,  
De mi cariño hácia la grey amada  
Perenne, mudo, incontrastable ejemplo.  
Los siglos pasarán y las edades,  
Pero no mi piedad: con larga mano  
Aquí al aragonés, al pueblo hispano

El tesoro abriré de mis bondades.»  
Dijo y desapareció. ¡Séres dichosos  
Los que tal escucharon y tal vieron!  
Los ecos presurosos  
En la sutil esfera recogieron  
La palabra inefable: de la tierra  
El seco polvo derramó fragancia;  
El sol mas claro despuntó en la sierra;  
Del denso bosque la sombría calle,  
La fresca gruta y el pintado valle  
Tuvieron mas color, mas resonancia.

Presto del rubicundo  
Señor del dia la benigna lumbre  
Del templo sin segundo  
Doró la breve, desigual techumbre.  
De los humildes muros  
Vióse en torno bullir alegremente  
La multitud creyente,  
Como suele la cria numerosa  
De la abeja industriosa,  
Que errante vaga en la campiña amena,  
En la nueva colmena  
Agitarse zumbando rumorosa.

La mano del Eterno  
Ha engrandecido de su Esposa amada  
La angélica morada.  
Así creció como el arbusto crece,  
Cuando el agua y el sol y el aire puro  
Do los vivientes con placer alientan,  
El leve tallo cimbrador sustentan:

Tiende la pompa de sus ramos luego;  
La fértil copa con primor levanta,  
Y la transida planta  
Posando allí debajo el peregrino,  
Las fatigas ahuyenta del camino.

Los siglos, al correr, allí dejaron  
De mil generaciones  
Depositada la escogida ofrenda;  
Y un ósculo estamparon,  
Henchido de amorosas bendiciones,  
De fé segura en delicada prenda.  
Allí el mendigo la inmortal riqueza  
Del alma recibió: don de largueza  
El acuitado poderoso: vida  
Quien en el lecho del dolor hundido  
Triste lloraba la salud perdida.  
Reyes que justa celebró la Historia  
La sien augusta, de laurel ceñida,  
Humillaron allí: de la victoria  
Los trofeos allí se amontonaron,  
Y en rendirse á María colocaron  
Los invencibles su primera gloria.

Del déspota romano,  
Cuyos rayos midieron el circuito  
De la domada tierra,  
Secó la dura, despiadada mano  
Este *Pilar* bendito,  
Grande en poder, en gracias infinito.  
El hijo de las selvas ardoroso  
Le respetó tambien: fiero, arrogante



Miró el prodigio; mas pasó adelante  
Sin turbar impetuoso  
De la *Columna* el eternal reposo.  
En sonoro tropel llega al escape  
Del medroso desierto  
El árabe tostado: de repente,  
Enfrena su corcel, baja la frente,  
Queda la mano y el alfange yerto.

Solo el galo traidor, sus manos solo  
Osaron profanar con el veneno  
De vil codicia y execrable dolo  
Del Templo augusto el venerando seno.  
Él holló nuestra fé y nuestros hogares;  
Él de la pátria el fervoroso anhelo  
Ahogar quiso tambien; nuestros altares  
El hacha infame derribó en el suelo.  
Mi pecho aragonés se irrita, lleno  
De santa indignacion, á la memoria  
De tanta atrocidad. Oh! de la Historia,  
Sobre la turba sin pudor ni freno  
Caiga la execracion; y en quien destroza  
De la piedad el candoroso seno,  
La eterna maldicion de Zaragoza!

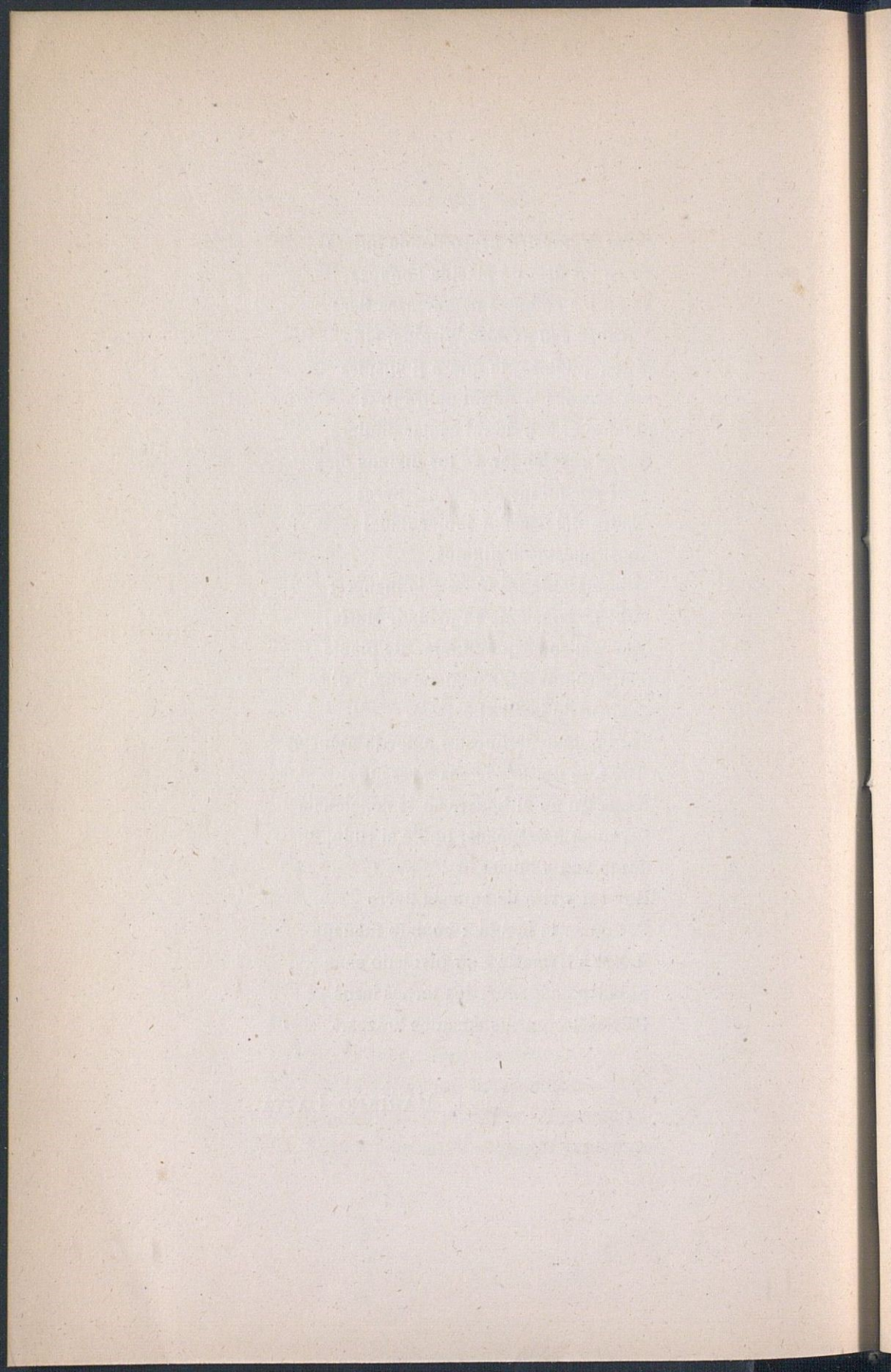
Mas tú, Virgen María,  
Que á la diestra de Dios allá en el cielo,  
Miraste de tus hijos la agonía,  
Consentir tal afrenta no quisiste;  
Y al nuevo Faraon en negro abismo  
De grande ruina y perdicion hundiste.  
Tú, Virgen, nuestra luz, nuestra esperanza

Serás, y nuestro brazo donde quiera,  
Ya en los días de plácida bonanza,  
Ya en los embates de borrasca fiera.

Ah! Si á tu excelso, virginal oído,  
Llegar pudiese, la que á tí suspira  
Voz arrancada de mi pobre lira;  
Si tanto el son de mi cantar pudiera,  
Que el resplandor de tus divinos ojos  
A mí por un instante convirtiera;  
¡Madre del pecador inmaculada!  
Aquí, puesto de hinojos,  
Te hablára de mi fé de esta manera:  
«Oh! no consienta tu piedad, María,  
Que este solar que tu adorada planta  
Santificó una vez, manche algun día  
El cieno de la vil apostasía.

Sea tu amor de nuestro amor la esencia;  
Tu Fé de nuestra fé sea el escudo:  
Reina Tú en el hogar, en la conciencia  
Del pueblo aragonés, noble si rudo.  
Como leal y bueno  
Hoy así vivirá de aquesta tierra  
El hijo en tu bondad: cuando mañana  
Venga á llamarle á su olvidado seno  
El polvo igualador, los torpes lazos  
Dále soltar en tus amantes brazos.»

MARIANO LAITA.







---

# LA VIRGEN DEL PILAR

---

TRADICION RELIGIOSA

---

## I

Esparce sus sombras la noche callada,  
Tranquila dormía la Augusta ciudad,  
Tan solo del Ebro la mansa corriente  
La paz del silencio lograba turbar.

Al pié de los muros y cabe la orilla  
Murmuran diez hombres con santo fervor  
Cristiana plegaria que llevan las auras  
Al sόlio supremo, al trono de Dios.

Cesaron las preces y atentos los nueve  
Pendientes del lábio del décimo están,

Que en tierno discurso de unción sacrosanta,  
Les dice y enseña la Eterna Verdad.

Jacobo es su nombre; discípulo, amigo  
De Aquel que en la esfera difunde la luz,  
Del Padre amoroso que al hombre precito  
Redime muriendo clavado en la cruz.

Relata la historia del fiero Deicidio,  
Refiere la escena de inmenso dolor,  
De Madre infelice que al hijo inocente  
Contempla en los trances de muerte y pasión.

Les habla de un mundo de gloria sin tasa,  
Do espera á los fieles la dicha inmortal,  
Porque hay una Virgen que implora en su ayuda  
La gracia infinita de un Dios de piedad.

## II

¿Qué suave armonía llenando el espacio  
Del Divo Jacobo suspende la voz?  
¿Qué luz, disipando la densa tiniebla,  
Con claro destello la noche alumbró?

Rodeada de coros de alados Querubés,  
En sòlio de estrellas de puro brillar,  
La Madre del Verbo, la dulce María,  
Radiante aparece en carne mortal.

«Jacobo, le dice, discípulo amado  
De Aquel que el Calvario con sangre ilustró,  
De Aquel que rigiendo la célica esfera  
Se sienta á la diestra del trono de Dios:

»En estas de Iberia feraces regiones  
Do siembras el grano de vida y verdad,  
El fruto sabroso de fé y bienandanza  
El fin de los siglos verá cosechar.

»Mi efigie te entrego: marmórea columna,  
Que angélicas manos levantan aquí,  
Le sirva de grada do acuda el cristiano  
Que dones al cielo pretenda pedir.

»En lucha constante de sangre y errores  
Morir los Imperios los siglos verán;  
Escude á los fieles la sacra columna,  
Perenne baluarte de fé y de piedad.»

Y en tanto el Apóstol con éxtasis santo  
Venera el presente de augurio feliz,  
Se alejan los coros, la luz se disipa  
Y torna la noche su imperio á regir.

Humilde cabaña, la plácida aurora  
Refleja en la linfa del Ebro caudal;  
En ella se oculta preciado tesoro,  
La imágen querida y el sacro Pilar.

Y en tanto que España gimiendo cautiva  
Ofrece al martirio mil fieles y mil,  
Uncida al capricho de impío Romano,  
De rudo Agareno, de Godo gentil;

Jamás en el templo que honrará María  
De fieles amantes el culto faltó,  
Y cabe su trono antorchas lucientes  
Brillaron en Braulio, Valero y Tayon.

III

Pasaron los siglos: el cetro de Roma  
Cayó á los embates del bárbaro audaz;  
El Gótico imperio rodó en Guadalete;  
Hundióse en Granada la luna de Islam.

La cruz vencedora domina esplendente  
Del alto Pirene á Hercúleo peñon;  
Ganoso de darle mayor horizonte,  
El trono de un mundo la ofrece Colon.

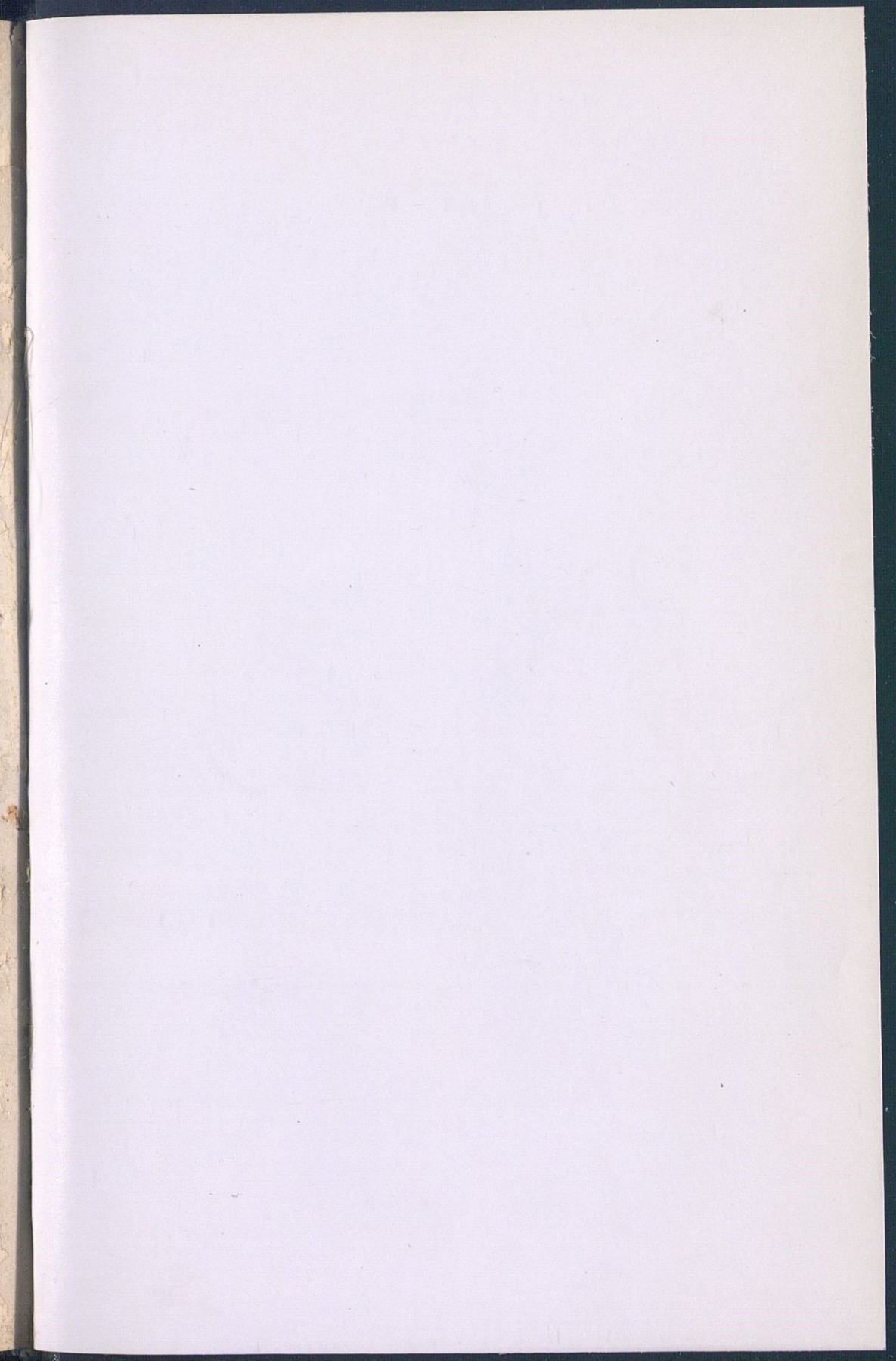
La humilde capilla en templo grandioso  
Del pueblo cristiano trocó la piedad,  
Y apura en su adorno su númen el arte  
Que ofrendas del génio conduce al altar.

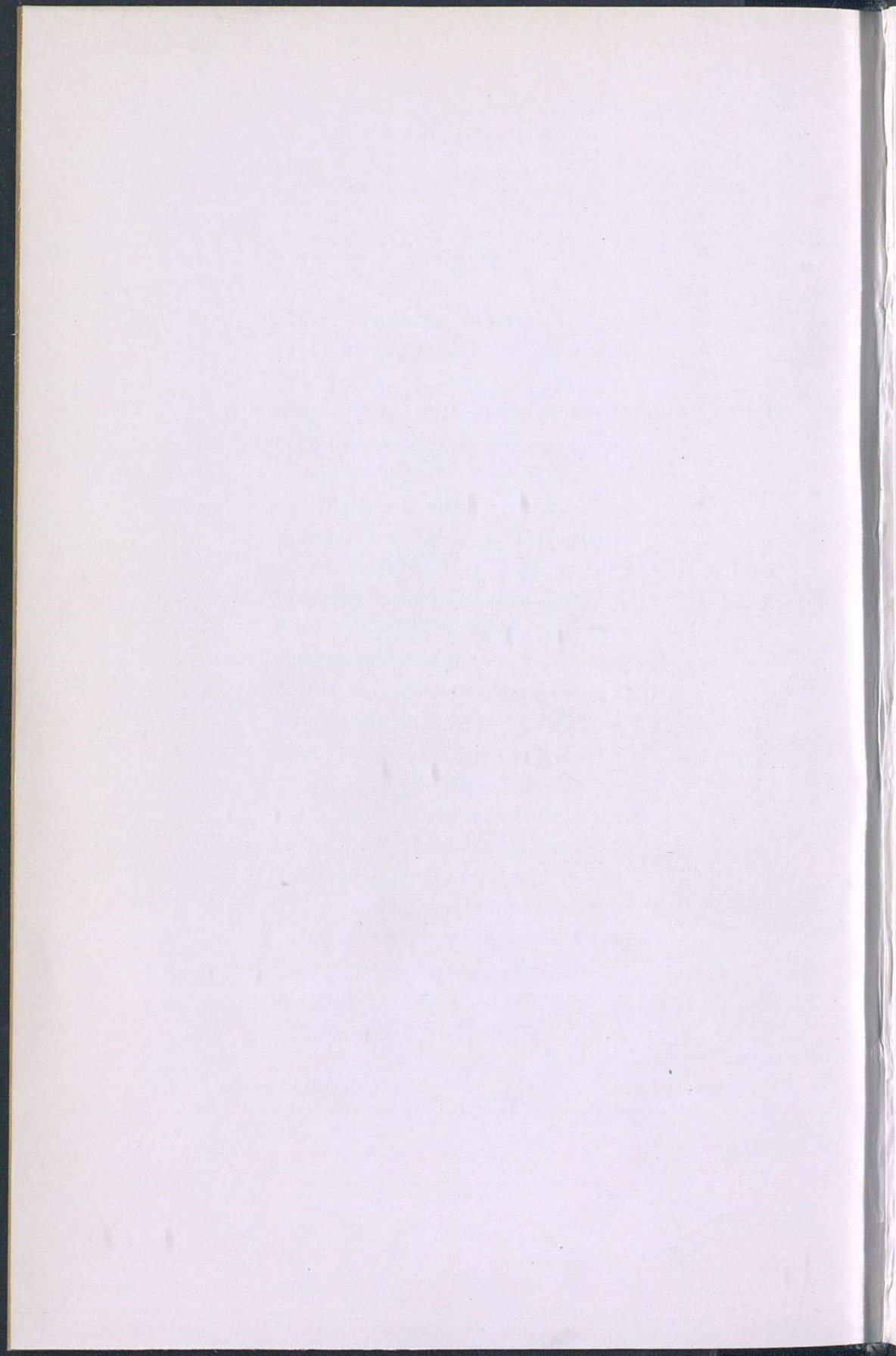
Corrieron centurias, rodaron Imperios,  
Imperios funestos caerán á su vez;  
Perenne tu templo purísima Vírgen,  
Es base inmutable, Pilar de la fé.

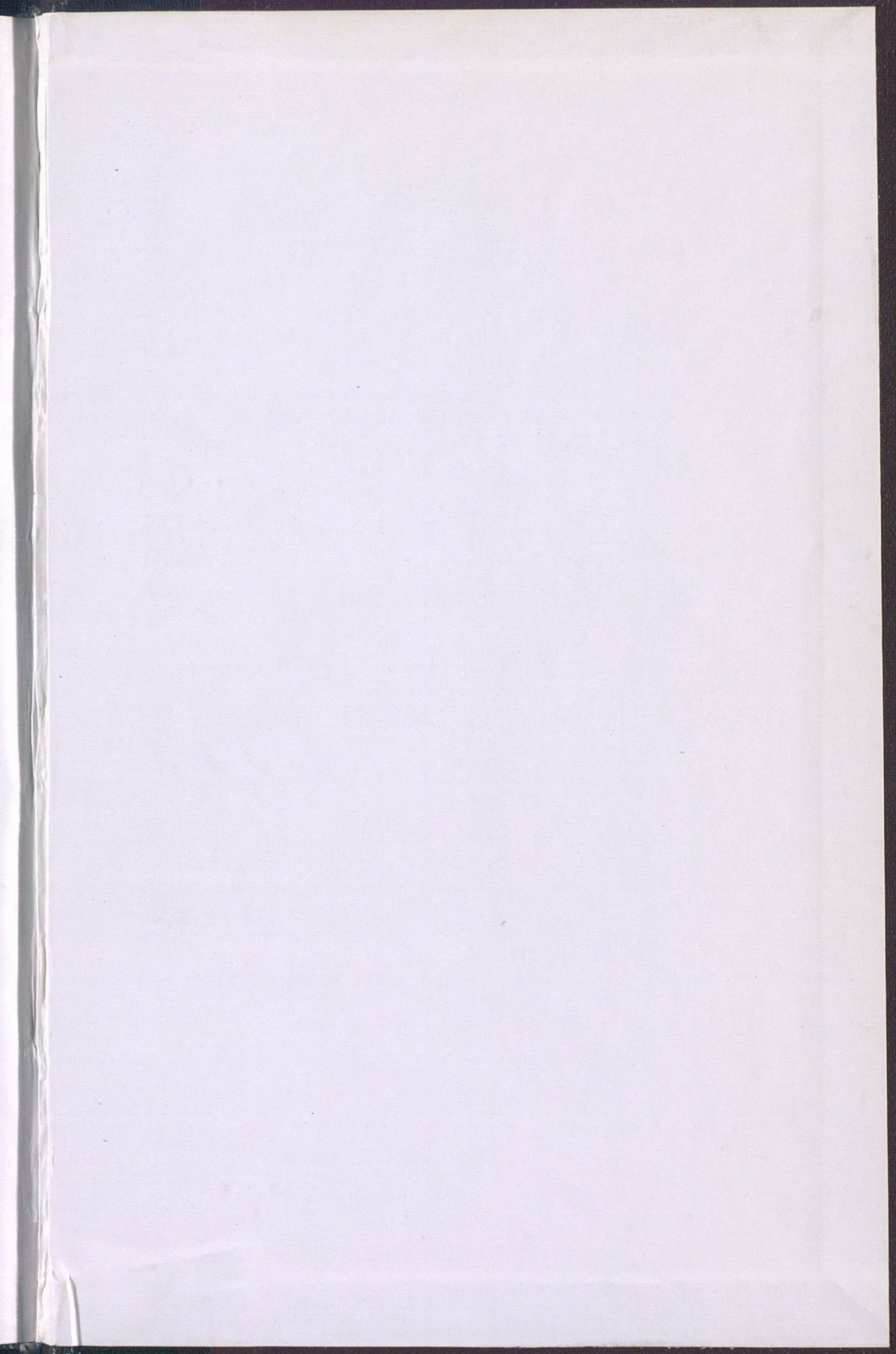
Y pueblan constantes la bóveda augusta  
Los ecos sublimes de tierna oracion,  
Y sube al espacio la nube de incienso  
Que un pueblo de fieles consagra á tu amor.

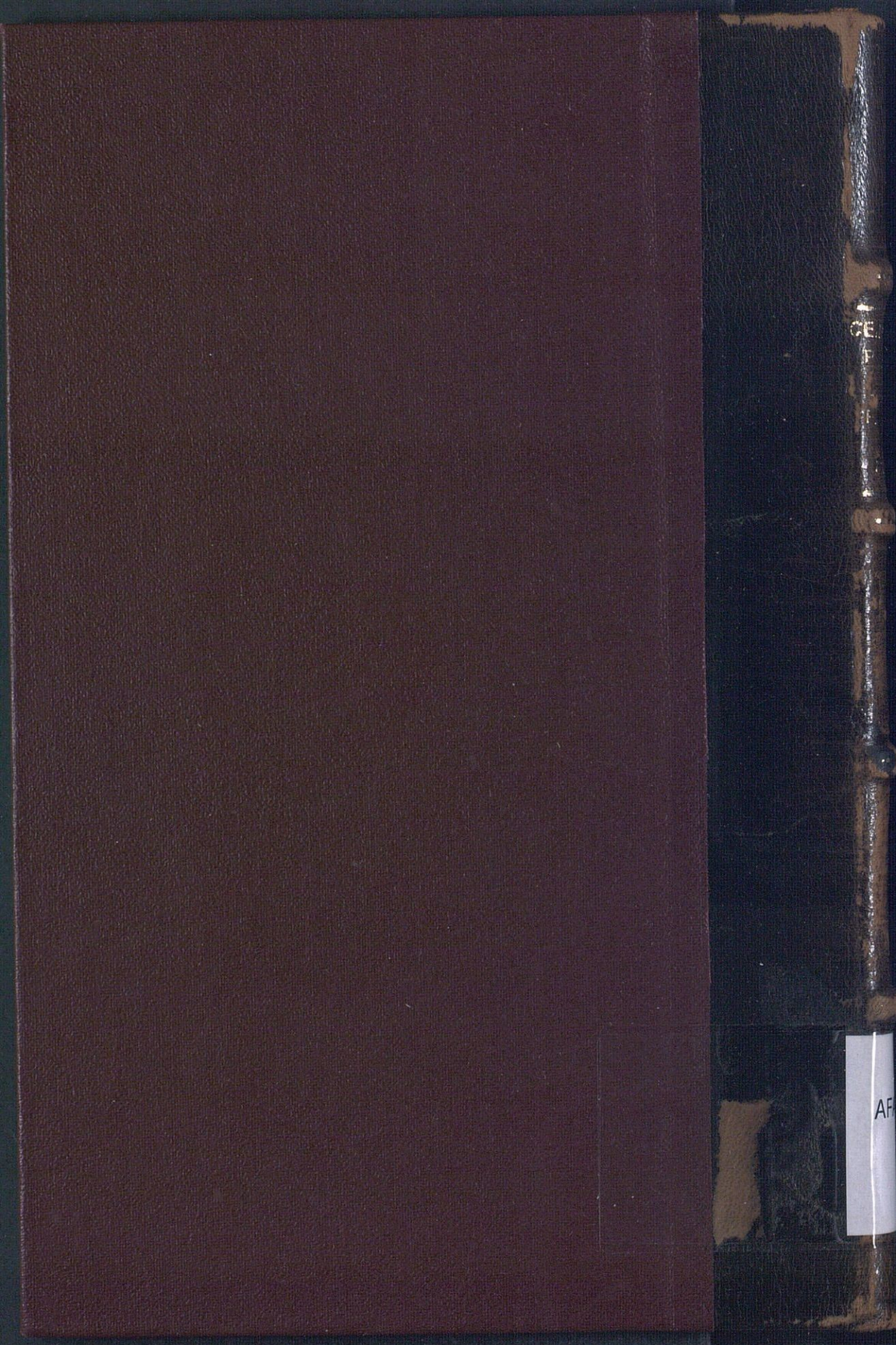
Que en estas de España feraces regiones  
Que llena María de luz celestial,  
El fruto dichoso de fé siempre viva  
El fin de los siglos verá cosechar.

MARIO LASALA.









CE  
T

AF